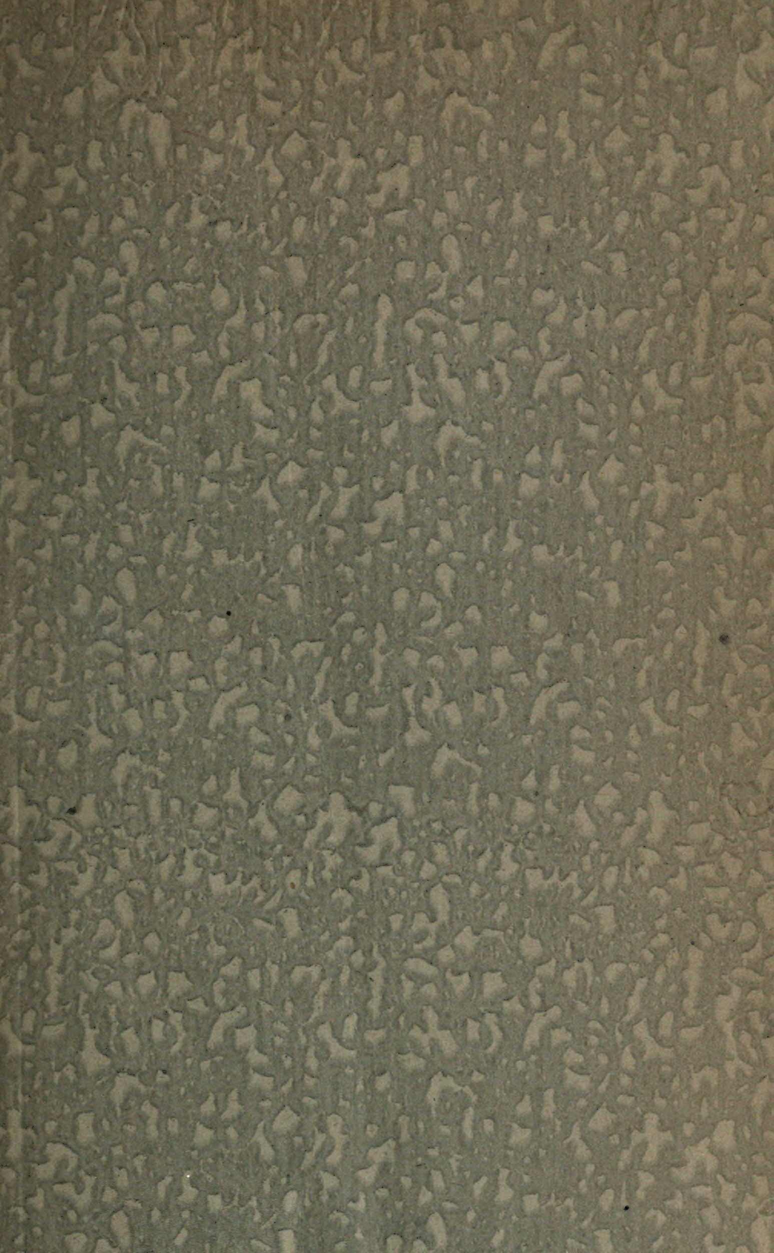






LA CALUMNIADA

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

LA CALUMNIADA

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenado en el teatro de la Princesa
el 21 de febrero de 1919



MADRID
1919

MADRID —Imp. Clásica Española. Glorieta de Chamberí.—Teléf. J. 430

AL SEÑOR

DON JOAQUÍN BARRIERE Y PÉREZ

INSIGNE MARINO

QUE CONOCE DE ESPAÑA LAS GRANDEZAS

Y LAS TRISTEZAS

SUS SOBRINOS

SERAFÍN Y JOAQUÍN

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JIMENA.................	MARÍA GUERRERO.
PUREZA.................	MARÍA F. LADRÓN DE GUEVARA.
LA SEGLARITA........	JULIA PACELLO.
MARÍA DOLORES......	ELENA SALVADOR.
TRINIDAD................	AVELINA TORRES.
ISIDRA..................	RAYMONDE DE BACK.
DOÑA ASUNCIÓN......	MARÍA TERESA ANDRIANI.
LA TORNERA..........	MARÍA HERMOSA.
LA ABADESA..........	MARÍA MILLANES.
LA HIJA DEL MARINO.	CARMEN GARCÍA DE LA PARRA.
FEDERICO ANDERSON.	FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA.
FLORENCIO............	EMILIO VALENTI.
VALERIANO...........	F. DÍAZ DE MENDOZA Y GUERRERO.
PIZARRA...............	JOSÉ SANTIAGO.
EL PADRE DOMINGO..	MANUEL SANTANDER.
PEPICHI................	C. DÍAZ DE MENDOZA Y GUERRERO.
DON AUGUSTO........	RICARDO JUSTE.
MOSIÉ BUSÓN..........	JOSÉ CAPILLA.
CALERO................	FELIPE CORONA.
EL MARINO............	ALFREDO CIRERA.

Monjas y novicias

ACTO PRIMERO

Compás de un cierto convento sevillano, denominado por el vulgo de las Reliquias, y que el arte y la historia hicieron famoso. Fundado por una dama virtuosa y noble, cuyo nombre no es preciso decir, y cuyas cenizas reposan en el templo, fué desde su creación admirado y favorecido por nuestros más grandes y piadosos monarcas, los cuales le otorgaron mercedes y privilegios incontables. Hoy, en cambio, las infelices monjas arrastran una vida mísera, y el edificio está abandonado y maltrecho, lo mismo la iglesia y el interior de la santa casa, que el destartalado y pintoresco compás en que nos hallamos; si bien este último pretende alegrar y disimular su pobreza con cal de Morón y arriates con flores.

La puerta de entrada, sobre la cual brilla, en carcomidos azulejos, el escudo de los Reyes Católicos, mira al público, y está en el primer término de la derecha del actor. Es grande, de dos hojas, y en una de ellas hay abierto un postigo por donde comúnmente se entra y se sale. En la pared de la derecha, un arriate con un jazmín y un naranjo cuajado de fruta. Al foro dos arcos: uno, da paso a otros lugares del compás; el otro, al torno, por el cual se comunica con las madres. Junto al primero, a la derecha, la vivienda de los porteros y demandaderos; y cerrando por la izquierda el recinto, la del capellán, que remata en graciosa azotea.

Es mediodía, al comienzo de octubre.

María Dolores, mujer como de treinta y tantos años, agraciada y dulce, se ocupa en retocar un Niño Jesús de talla, sentada a la puerta de la vivienda del capellán. En una mesita auxiliar tiene todos los chirimbolos de su oficio. Ella misma nos dará luego más detalles de él y de sí.

De la casa de los demandaderos y porteros sale Trinidad, la portera y demandadera.

TRINIDAD. Pos, señó, mi marido se ha perdío esta mañana. Las dose ya, y no vuerve.

MARÍA DOLORES. Pero ¿usté sabe las cosas que yevaba que hasé? A mí me las dijo... y no sé como tiene cabesa.

TRINIDAD. Ni cabesa ni pies. Y que no consiente tomá ninguna apuntasión: to ha de dejarlo a la memoria.

Llega Calero de la calle con varios sobres de oficio en la mano. Es un empleado del Palacio Arzobispal, que parece un cirio.

CALERO. Buenos días nos dé Dios.

MARÍA DOLORES. Buenos días.

TRINIDAD. Hola, Calero. ¿Qué hay por aquí?

CALERO. Este ofisio pa la madre abadesa. *Le entrega un sobre de los que trae.* Y de parte de doña Clementina, la hermana der señor arsobispo, que cómo está la madre Corasón.

TRINIDAD. Dígale usté que ya está buena; que ayé la dió er médico de arta. Pa cuatro días, porque con la edá que tiene, y sin comé, usté carcule.

CALERO. ¿Come poco la madre?

TRINIDAD. Toas eyas comen poco. Y no es por gusto ni por penitensia; es que son treinta y tres... y no me dan más que un duro diario pa la compra.

MARÍA DOLORES. Están las pobres tronaítas.

TRINIDAD. ¿Qué quié usté que yo haga con un duro?

CALERO. *Suspirando.*

«La Providensia y la fe
tienen esta casa en pie.»

Vaya, buenos días.

TRINIDAD. ¿Se va usté ya?

CALERO. Sí, señora.

«Esta casa es de orasión
y no de conversasión.»

Buenos días.

María Dolores. Usté lo pase bien.

Trinidad. ¿Adónde va usté ahora?

Calero. ¡Miste tos los pliegos que yevo!... A San Clemente, a Santa Clara, a Santa Ana, a Santa Inés, a Santa Paula, a Santa Teresa, a la Encarnasión, ar Socorro, a Santa Isabé, a San Leandro...

Se va enumerando todos los conventos de Sevilla.

Trinidad. Toavía se queja, y se da una vida de fraile. De demandadero de monjas quisiera verlo yo. *Llégase al torno.* Deo grasias.

Tornera. *Dentro.* A Dios sean dadas.

Trinidad. Un ofisio der Palasio Arsobispá, madre Jesusa. *Gira el torno.* La hermana der señor arsobispo se ha interesao por la madre Corasón.

Tornera. Ya, ya lo he oído. ¿No ha vuerto su marido de usté?

Trinidad. No, madre; toavía no. A la cuenta yevaba muchos encargos.

Tornera. Es que anda er camino siete veses, como los perros. Y un mono en un barcón lo distrae.

Trinidad. Eso será, cuando usté lo dise. *Se aparta del torno.* ¡Es una trianera más grasiosa!...

Por el postigo aparece Jimena, heroína de este drama e hija de la excelsa Castilla. Es rubia, de ojos negros, y está en la madurez de la vida. Su mirada revela voluntad y pasión; sus cabellos parecen llamaradas del oculto fuego de su frente. Viste con elegante sencillez, y viene de peina y velito mañanero, a la sevillana.

Jimena. Santos y buenos días.

Trinidad. Buenos los tenga usté, señorita.

Jimena. *A María Dolores.* Buenos días.

María Dolores. Buenos días.

Trinidad. ¿A su visita de costumbre?

Jimena. Sí, señora.

TRINIDAD. Voy a avisarle a la madre tornera. ¿Va usté a la clavería?

JIMENA. No; como las otras veces: al locutorio que hay al lado de la puerta reglar.

Va Jimena hacia el fondo por el arco de la derecha, y al torno Trinidad, que llama en él y aguarda. El padre Domingo, capellán del convento, hombre de mediana edad, jovial y campechano, viene del fondo a esta sazón y se detiene a saludar a nuestra amiga. No trae bonete.

PADRE DOMINGO. ¡Felises, señorita!

JIMENA. Muy felices, padre.

PADRE DOMINGO. ¿A hablá con la primita, verdá?

JIMENA. Mientras yo esté en Sevilla no he de perdonar ocasión.

PADRE DOMINGO. Bien hecho.

JIMENA. ¿Le veré al marcharme?

PADRE DOMINGO. Seguramente.

JIMENA. Entonces, hasta luego.

PADRE DOMINGO. Hasta luego.

Va a sentarse a la puerta de su casita.

TRINIDAD. *En el torno.* Deo grasias.

TORNERA. A Dios sean dadas.

TRINIDAD. Madre tornera: la señorita que viene a vé a sor Elena de San Serafín, que la espera en er locutorio de la puerta de regla.

TORNERA. Está bien. ¿Y ese castigo de hombre no parese?

TRINIDAD. No, madre. Tenga usté en cuenta que las distansias de Seviya son muy largas.

TORNERA. Más largo es su marido de usté. ¿A que va a habé que echá un pregón pa buscarlo?

TRINIDAD. Tendría que vé, madre tornera. *Se acerca al capellán y a su hermana, prometiendose un rato de sabrosa murmuración.* Yo le digo más de cuatro cosas por oírla. Y escúcheme usté, padre Do-

mingo: ya he averiguao quién es la señorita esta.

PADRE DOMINGO. ¿Qué señorita?

TRINIDAD. Esta doña Jimena tan guapa que viene a hablá con sor Elena.

MARÍA DOLORES. ¿Que sabe usté quién es?

TRINIDAD. Sí, señora; por una casolidá me he enterao.

PADRE DOMINGO. A vé, a vé lo que usté sabe.

TRINIDAD. La otra tarde, en los Jardines de Muriyo, me paré un istante a saludá a don Másimo, er pintó que estuvo este verano pintando esto, y pasó eya. Venía como de Santa Cruz. Don Másimo se sorprendió de verla, y me dijo que la conosía. Una historia. Que es de una familia muy soná... — del apeyido no me acuerdo — hija de un señó muy famoso; que se enamoró de no sé quién, y a consecuensia riñó con su familia, después de no sé qué dijustos, y se fué a viví sola no sé dónde... Una historia.

PADRE DOMINGO. Sí; una historia de la que no sabe usté una palabra.

TRINIDAD. ¿Cómo que no? To me lo contó a mí don Másimo.

PADRE DOMINGO. ¡Pero si a usté se le ha orvidao...!

TRINIDAD. Pos yo buscaré a don Másimo pa vorvé a preguntarle. *Entrase en su vivienda.*

El padre Domingo echa un cigarrillo.

PADRE DOMINGO. ¡Buena mañanita tenemos! ¡Bien prinsipia octubre!

MARÍA DOLORES. Bien prinsipia.

PADRE DOMINGO. ¿Cómo va esa escurtura?

MARÍA DOLORES. Terminándola estoy. Si no fuera por er cariño que le tiene la madre, no era pa detenerse mucho; porque... ¡vamos! que no es ningún portento.

PADRE DOMINGO. ¿De qué madre es?

María Dolores. De sor Concordia.

Padre Domingo. ¡Infeliz! Casi no ve ni oye... Con ochenta años... *Pausa.* ¿Y Pepichi?

María Dolores. Arriba. Con el amigo de úrtima hora, er poeta; que por sierto ha estao dando unos gritos...

Padre Domingo. Leyéndole un drama, me parese.

María Dolores. Eso debe de sé, porque cuando dejaba de gritá pedía agua...

Padre Domingo. ¡Diablo de chiquiyo! ¡Qué fuerte le entra la amistá! Se enamora de los amigos como de las novias.

María Dolores. Y to ha de verlo der coló que lo ve el amigo que tiene.

Padre Domingo. Como su padre, que en gloria esté. Er pobre Palomino era del úrtimo que le hablaba.

María Dolores. ¡Y qué poca grasia me hase a mí ese poeta!

Padre Domingo. Pos júntate conmigo. Y eso que apenas he crusao la palabra con é. Pero me he dao cuenta de que es uno de estos tipos der día que niegan hasta la luz der só. Nadie ha hecho na en er mundo... hasta que ér se reunió con unos amigos a tomá café. Por eso siento que haya agarrao ar tontaina der sobriniyo.

María Dolores. ¡Y bien que lo ha agarrao! Sueña con é, Pepichi. En ocho días que hase que se tratan, lo ha vuerto como un guante. ¿Estará mucho tiempo en Seviya?

Padre Domingo. ¿El amigote? ¡Qué sé yo! Paese que va a dá una conferensia en el Ateneo...

María Dolores. Yo no sé por qué—cuidao que esta es una malisia de esas que una tiene sin motivo ninguno—me he figurao que entre ese hombre y esta

señorita madrileña, hay arguna cosa, arguna relasión... no sé qué. Y después der cuento que nos ha contao Trinidá, he vuerto a pensá en eyo.

Padre Domingo. Pero ¿en qué te fundas...?

María Dolores. ¿No te digo que en na? Cosas que se nos meten a las mujeres en la cabesa.

Padre Domingo. Sí, sí. Cuestión de orfato femenino.

María Dolores. Aquí viene Pepichi con é.

Salen a poco de la casita del capellán Florencio y Pepichi, encendidos, con los ojos brillantes, caldeados los espíritus por el entusiasmo literario. La presencia de Florencio es gallarda, no exenta de atractivo. Frecuentemente peina con sus manos los largos cabellos, echados hacia atrás. Viste con cierto desaliño original y de no mal gusto. Habla con vehemente elocuencia, en términos por lo común rotundos y definitivos, como hombre que nunca le concede superioridad a quien le oye, sea quien sea.

Pepichi es un chiquilicuatro de quien ya ha dicho lo suficiente su familia. Su hablar es marcadamente ceceoso y algo tartamudo.

Padre Domingo. ¡Hola, cabayero!

Florencio. Dios le guarde, padre Domingo. A su señora hermana ya he tenido el gusto de saludarla.

María Dolores. Sí, ya nos vimos antes.

Padre Domingo. ¿Vienen ustés der palomá?

Florencio. Venimos del cuarto de Pepichi, ¡del gran Pepichi!

Pepichi. ¡De mi cuarto! ¡Donde vi a poné una lozeta con la fecha der día de hoy!

Padre Domingo. ¡Porra! ¿En memoria de qué acontesimiento?

Pepichi. ¡Oh! ¡Usté no zabe lo que ha habido ayí!

Padre Domingo. ¿Qué ha habido?

Florencio. Un poco de orgía literaria. Vino del

espíritu, que también embriaga, sino que de la más noble manera.

PEPICHI. ¡Qué drama, tío Domingo; qué drama, tía Dolores; qué drama me ha leído este bárbaro! Cuando uno oye cozas azí le entran ganas de rompé las cuartiyas y de meterze a zapatero.

PADRE DOMINGO. ¡Je! Pero usté, amigo mío, ¿se satisfase leyéndole sus obras a un monicaco como éste?

FLORENCIO. Algo habré visto en el monicaco, como usted le llama; por algo será, padre Domingo. Crea usted que los artistas percibimos siempre en donde hay o en donde no hay capacidad intelectual y cordial para comprendernos. «Aquila non capit muscas.»

PEPICHI. *Ilustrando a sus tíos.* El águila no caza moscas.

PADRE DOMINGO. Ya, ya.

FLORENCIO. Este monicaco aparente no es un monicaco.

PADRE DOMINGO. Basta que usté lo diga. Quisás tenga yo un genio en mi casa y no me habré enterao hasta ahora. Me alegraría, porque lo quiero mucho. ¿De manera, Pepichi, que tanto te ha gustao ese drama?

PEPICHI. ¡Oh! ¡Zi todavía tengo escalofríos! ¡Qué originalidá! ¡Qué penzamientos máz audaces!

FLORENCIO. Eso sí transpira de la obra por todos sus poros: audacia. Y la audacia es aliento. En arte hay que volar a las cumbres o que resignarse a no batir las alas. El vuelo al tejado es ridículo. Las aves de corral, a la olla.

PEPICHI. Ya, ya me lo dijo usté el otro día: o Zéspir o nada.

FLORENCIO. Ni aun eso: o más que Shakespeare, o menos que nada. O soy capaz de tallar la figura en

la misma montaña granítica, o me corto las manos y las entierro con mis propios muñones.

Pepichi. ¿Qué le parece a usté?

Padre Domingo. Hijo, yo no entiendo... Ambisiosiyo... ambisiosiyo...

Florencio. El arte es la aristocracia de las aristocracias, padre.

Padre Domingo. No entiendo... ¡Un pobre capeyán de monjas!... ¿Y cómo se titula ese drama, mi amigo?

Florencio. «Patria.»

Padre Domingo. ¡Ah! ¡Gran idea! Pero siéntese usté...

Pepichi. No puede.

Padre Domingo. ¿No puede?

Florencio. No, no puedo; todavía no puedo posar. Éste ya me conoce. Aun tiemblo, aun vibro... Como que vengo de remover, con la lectura de mi drama a este mozo, toda mi sustancia.

Padre Domingo. Bueno, pos siéntese usté cuando pueda.

Florencio. Gracias, padre.

Padre Domingo. ¿Conque «Patria», eh? Me agrada el asunto. ¿Canta usté a la patria?

Florencio. No, señor: la niego.

Padre Domingo. ¿La niega usté?

Pepichi. ¡Ahí le duele!

Florencio. Sí, señor: la niego. Tengo el valor de cristalizar en una obra un sentimiento que es de muchos, y que cobardemente disimulan todos.

Pepichi. ¡Ahí, ahí le duele! Mi tío esperaba las décimas de Bernardo López García:

«Oigo, patria, tu aflicción
y escucho er triste concierto...»

Ecétera, ecétera...

María Dolores no quiere oír más y se entra en su casita.

Padre Domingo. Repito que yo...

Florencio. La patria, señor capellán, es un mito, una idea: no es en modo alguno una realidad. El padre Feijóo la encontraba en los libros y la echaba de menos en los hombres. Como espíritu de vuelo corto, no supo ver lo que esto significaba.

Pepichi. Laz aves de corral, a la oya.

Florencio. La patria de los humanos es la tierra. La otra patria, la que nos empeñamos en denominar ya España, ya Francia, ya Alemania, no existe; no ha existido jamás. La patria es un concepto que va con nosotros; es una deidad inseparable de nuestro corazón, ajena a las divisiones territoriales. La patria del hombre es el lugar donde se enamora, donde piensa, donde sueña, donde estudia... ¿Por qué hemos de considerar español a Luis Vives, que estudió y trabajó en Oxford, en Brujas, en Lovaina? ¿Por qué hemos de llamar español a Cervantes, que aprendió a reír en Italia y a llorar en Argel?

Padre Domingo. Digo yo que será porque escribió er «Quijote»... y porque nasió en Arcalá de Henares.

Florencio. ¡Bah! El nacimiento es casi siempre fortuito.

Padre Domingo. Sí; pero lo nativo paese que imprime un seyo...

Florencio. Según y conforme. Yo puedo ser más compatriota de un prójimo que haya nacido a millones de leguas de mí, que de otro que se haya mecido en la misma cuna. No le dé usted vueltas.

Pepichi. ¿Eh, qué tal? ¿Es valiente?

Padre Domingo. Es valiente. Como que ya no me atrevo a preguntarle de qué tierra es.

Florencio. De la única que conocen los ojos hu-

manos, padre Domingo. ¿Qué importa el cacho de lugar? Así expresa mi héroe, que tiene mucho de subjetivo, de autorretrato, el fondo de mi pensamiento: «Yo no nací el día en que nací ni en el país en que nací: yo no nací el día en que rasgué las entrañas maternales: yo nací el día en que fuí consciente de mi espíritu. Aquel día vi la luz. En donde me sorprendió aquel día, de allí soy.»

Padre Domingo. Según eso, el héroe de usté cree que no les debe na ni a sus abuelos ni a sus padres.

Florencio. El dolor de vivir.

Pepichi. ¡Cuántas veces he penzao yo ezo mismo, zin podé concretarlo en palabras!

Florencio. Crees tú que lo has pensado. Las verdades eternas yacen dormidas en el alma de todos los hombres, hasta que un espíritu superior acierta a despertarlas, a revelárselas con tal diafanidad, que a cada uno le parecen suyas.

Pepichi. Justo, justo. A mí ze me ocurrió un día un penzamiento muy bonito, y luego rezurtó que era de Zalomón. Lo vi en una hoja de armanaque. Y lo der nacimiento ez una verdá como una caza: yo no nací tampoco er día que consta en la parroquia: yo nací un día...

Padre Domingo. Tú nasiste de noche, en el armasén de maderas que tenía tu padre en er Baratiyo. Deja que siga este señó. Diga usté, cabayero: ¿y dónde va a representarse ese drama?

Florencio. ¡Ay, padre! No me hable usted de la representación, por Dios santo; no me recuerde usted esas espinas.

Pepichi. No hay cómico en España capaz de entendé zu Demetrio.

Padre Domingo. ¿Tú qué sabes?

Pepichi. Me lo ha dicho él.

Florencio. Y es cierto; no lo hay. Nuestros có-

micos son una pared que se interpone entre la creación del poeta y el público.

Padre Domingo. ¿Todos?

Florencio. ¡Todos! Sin excepción ninguna.

Padre Domingo. ¡Je! Y hablando de otra cosa, que me importa bastante: ¿usté cree que este niño escribirá argún día argo de provecho?

Florencio. Desgraciadamente para él.

Padre Domingo. ¡Porra!

Florencio. Desgraciadamente. Nacer escritor en España es gran desventura. El hambre, el menosprecio, la cárcel, la persecución, cuando no el cepo al pensamiento... eso es todo lo que aquí aguarda a los escritores. Siquiera en los siglos pretéritos se les condenaba a la hoguera y morían con esa aureola. Hoy, ni aun eso tienen: los escritores políticos de independencia y de valor, pagan sus arranques y su civismo en una triste celda, al lado de cualquier miserable; los demás no merecemos sino un frío desdén: el fuego de antaño se ha vuelto ceniza.

Pepichi. ¡Cómo habla este hombre!

Padre Domingo. A vé si se te pega a ti argo.

Pepichi. Ze me pegará, ze me pegará.

Padre Domingo. Yo le he dicho a Pepichi que tenga esto de la literatura como adorno; que escriba versos... pero que se dedique a otra cosa pa ganarse la vida. ¡Hay que poné er puchero a diario!

Florencio. ¡Qué amargura me dan esas palabras de usted, tan ingenuas... tan simples... tan cruelmente sensatas!... ¡Vivir en un país en que hay que aconsejar que con el hacha para la leña de la cocina se corten las alas de un poeta!...

Padre Domingo. ¿Usté también escribe versos?

Florencio. No, padre. Y muy a mi pesar. Yo sería un gran lírico primero que nada. Concibo la poe-

sía, la forjo vagamente en mi alma, veo la imagen como se ve el color... pero ahí queda. Me falta el medio de expresión, el idioma. Yo no profano mis palpitaciones inefables pretendiendo encerrarlas en un molde tosco, duro, seco, mohoso... Me asombra que se puedan escribir versos en castellano... Versos, ¿eh? misteriosas exudaciones del espíritu; no renglones cortos.

PEPICHI. ¡Bravo, maestro! ¿Verdá, tío? Ya decía yo: ¿por qué me costarán a mí los verzos tanto trabajo? ¡Y ez el idioma!

PADRE DOMINGO. Hombre, pos yo conozco versos españoles... y, la verdá, a mí argunos me paresen bonitos. Y me suenan a gloria.

FLORENCIO. No serán amorosos. El poeta amoroso no existe en nuestra lírica. Y ese es el verdadero poeta. Ni existe, ni puede existir, por causa del lenguaje. Al castellano le falta en absoluto delicadeza para la caricia; voz para lo íntimo, para lo vago; flexibilidad, ductilidad... eso que los franceses llaman «souplesse».

PEPICHI. Espronceda plagió a Byron y Bécquer a Heine.

PADRE DOMINGO. ¿Te lo ha dicho también don Florensio?

PEPICHI. ¡Lo zé yo desde que iba a la escuela!

FLORENCIO. En España sólo ha habido un poeta amoroso, uno solamente, que realizó el prodigio de convertir en blanda cera el hierro de nuestras palabras.

PADRE DOMINGO. ¿Cuál?

FLORENCIO. Un pobre amigo mío: Dalmacio Coria.

PADRE DOMINGO. No sé...

FLORENCIO. No; ni nadie. Murió como mueren los genios en España: ignorado de todo el mundo.

Padre Domingo. ¡Qué pena! ¿Publicó arguna cosa?

Florencio. Nada absolutamente. ¡Bonito era él! Despreciaba al público.

Padre Domingo. ¡Entonses!...

Florencio. Pero si es que aun hay otra razón suprema que impide aquí la formación y desenvolvimiento de los poetas cordiales.

Pepichi. Oiga usté, tío, oiga usté lo que va a decí ahora.

Florencio. Para cantar de amor, lo primero que se necesita es el objeto amado: la mujer. ¿Y dónde están las mujeres españolas? ¿Quiere usted decírmelo?

En este momento Pureza, la hija de Trinidad, que bien vale un viaje a la ciudad de la Giralda, cruza de la portería hacia el fondo, por donde se aleja. Se diría que la casualidad quiere ponerle un comentario mudo a las palabras de Florencio.

Padre Domingo. ¡Me deja usté con la boca abierta!

Florencio. Entiéndame usted, que es discreto, si bien un tanto socarrón. Los españoles tenemos la hembra o la esclava: pero la amante, ¿dónde está?

Padre Domingo. Yo, por mí... de eso sí que estoy rapao a navaja.

Florencio. Nuestra mujer es demasiado lógica en el amor; no arde más que a la llamarada de los celos; es instintiva, fisiológica, vulgar; nuestro diálogo con ella es siempre un monólogo... Carece esencialmente... Voy a decirlo en una frase mía que ha tenido fortuna: carece esencialmente de capacidad íntima para el espasmo espiritual... En este sentido niego que haya mujeres en España.

Padre Domingo. Acaso.

Florencio. Yo, como llevo en el alma una llaga

incurable, y he sentido sobre mi sien el frío del cañón de una «browning», por causa todo de una mujer bella que no sabía amar...

Padre Domingo. ¡Qué locura, señor don Florensio! No hay hermosura que merezca...

Pepichi. Ésta, zí. Ésta justifica cuarquier disparate.

Padre Domingo. *Atando cabos.* ¿Pero tú la conoses?

Pepichi. La conozco. Este hombre todavía la busca y la zigue.

Florencio. ¡Ay! ¿Cómo no, si a pesar mío ella tiene el timón de mi nave? Es muy hermosa. ¡Cuánto hablan sus cabellos rubios de un mentido fuego!... Pero, en fin, estas son páginas íntimas de mi vida... A veces suben en palabras a los labios como al rostro el rubor: sin poder impedirlo.

Padre Domingo. Pos yo, ya le digo: de materia amorosa no entiendo: no sé lo que podrán dá de sí las mujeres de España. Pero en otros asuntos le aseguro a usté que hay argunas que ven cresé la yerba. *Alude a la adivinación de María Dolores.*

Florencio. Es posible. No quiero aburrirle a usted más con mi charla un poco extravagante.

Padre Domingo. No, no me aburre; lo escucho con gran curiosidá...

Florencio. De todos modos. Además, me pongo a verborrear y se me olvida que me aguardan.

Padre Domingo. Eso es otra cosa.

Florencio. Adiós, padre.

Padre Domingo. Adiós, cabayero.

Florencio. Beso la mano que levanta la Hostia. *El padre lo mira perplejo y no sabe que contestarle.* Hasta luego, Pepichi.

Pepichi. ¿Vendrá usté por mí?

Florencio. Dentro de media hora a lo sumo.

Voy sólo al Ateneo a fijar la de mi conferencia de mañana.

PADRE DOMINGO. ¿Da usté por fin mañana su conferensia?

FLORENCIO. Sí, señor.

PADRE DOMINGO. ¿Sobre qué tema, si no es indiscreto...?

FLORENCIO. Sobre un tema inquietante y muy sugestivo: «La alegría de una tierra donde se muere más gente que en ninguna parte.» Nada: cuatro paradojas, cuatro bengalas del ingenio... Nada. Acaso venga el año que viene y diga todo lo contrario. Hay que mover las aguas, desconcertar, excitar la actividad del pensamiento ajeno... impedir el embalsamamiento de las ideas. La cuestión es pasar el rato. Hasta ahora, muchachín. A sus órdenes, padre.

PADRE DOMINGO. Vaya usté con Dios.

Pepichi, deslumbrado, acompaña a Florencio a la puerta y lo contempla desde ella cuando se va. Luego, acercándose a su tío, le pregunta:

PEPICHI. ¿Qué te ha parecido el individuo?

PADRE DOMINGO. ¿El individuo? Que, como se suele desí, si lo dejan hablá no lo ahorcan.

PEPICHI. ¡Tiene mucho talento!

PADRE DOMINGO. A creerlo a él...

PEPICHI. Ah, ¿no tiene talento?

PADRE DOMINGO. ¡Mucho! To er que les quita a los demás.

PEPICHI. ¿Ezo es to lo que ze te ocurre después de oí a eze hombre?

PADRE DOMINGO. Se me ocurren infinidá de cosas; pero no me da la gana de discutí contigo. Me ha levantao doló de cabesa.

PEPICHI. Bueno está. ¡Que te alivies!

PADRE DOMINGO. Grasias: iguarmente. *Se va al interior de su casa.*

PEPICHI. *Con desdén y lástima de su tío.* ¿Y que un gañán azí zea hermano de mi madre? ¡Vamos! ¡Antinomias!

Vuelve del interior María Dolores, riéndose.

MARÍA DOLORES. ¡Ja, ja, ja!

PEPICHI. ¿De qué te ríes, tía Dolores?

MARÍA DOLORES. De lo que tu tío va disiendo.

PEPICHI. ¿De mí?

MARÍA DOLORES. No; de ti, no: de tu amigo. *Reanuda su trabajo.*

PEPICHI. *Tragando saliva.* Tío Domingo er pobre no ve máz ayá de zus narices. Y es chato, encima.

MARÍA DOLORES. Ni yo tampoco veo. Me fuí de aquí por no meterme en discusión con er sabio ese.

PEPICHI. ¿Ah, zí?

MARÍA DOLORES. Pero lo he estao escuchando. ¿Qué me miras con tanto asombro? ¿Me farta a mí quisás también eso que ér dise que no tienen las mujeres de España? ¡Pos dose años estuve yo casá con un artista—con un artista, no con un charlatán: ahí están sus obras—y fué a mi lao er más dichoso de los hombres! Cuéntaselo a tu amigo esta tarde.

PEPICHI. *Tapándose los oídos.* ¡Bah, bah, bah! ¡Qué familia! ¡Vivo en er vacío!... ¡Zi me entienden más los palomos!... *Se entra desesperado en la casa.*

MARÍA DOLORES. ¡Ja, ja, ja! ¿Será pampli er chiquiyo?

Asoma Valeriano por el postigo, como quien viene buscando a alguien a quien no ve allí.

Luego disimula, fingiendo que observa y admira lo pintoresco del recinto. Es un muchachillo simpático, de oficio ceramista.

VALERIANO. *Después de unos momentos, y a una mirada de María Dolores.* Buenos días.

MARÍA DOLORES. Buenos días.

VALERIANO. Usté dispense. ¿Se puede pasá?

María Dolores. Pase usté donde quiera. ¿A quién busca usté?

Valeriano. No, no busco a nadie. Me yamó la atensión la puerta der compás, y he entrao a verlo. ¡Es muy bonito, muy bonito! ¡Qué bonito es!

María Dolores. Pero ¿usté no lo había visto nunca?

Valeriano. ¡Qué sé yo! Como en Seviya hay tantos rincones, siempre le sorprenden a uno. *Avanza hacia el fondo.* Esa parte también es presiosa. ¡Presiosa de veras! ¡Qué presiosa es! *Vuelve Pureza oportunamente del fondo hacia su casa. Sonríe al ver a Valeriano y él al verla a ella.* ¡Pero qué presiosa!

Pureza. ¿Eh?

Valeriano. Buenos días.

Pureza. Buenos días. *A María Dolores, turbada.* ¿Se fué ya ese hombre?

María Dolores. Ya se fué.

Pureza. ¿Por quién procura este señó?

María Dolores. Por nadie. *Maliciosamente.* Ha entrao a vé er compás.

Pureza. Er compás tiene poco que vé.

Valeriano. Ahora tiene mucho. *Silencio.* ¿Su madre de usté es acaso la sacristana?

Pureza. No, señó; la portera.

Valeriano. ¿La portera?

Pureza. Y la demandadera también.

Valeriano. ¿Y su padre de usté es er sacristán?

Pureza. No, señó; ¡qué afán de sacristía!

Valeriano. Su porqué tienen las cosas: mirándola a usté se va er pensamiento a los artares.

Pureza. Pos si quiere usté vé a Petrolero, vive ahí a la vuerta.

Valeriano. ¿A Petrolero?

Pureza. Er sacristán.

VALERIANO. ¿Er sacristán se yama Petrolero?

PUREZA. Petrolero se yama.

VALERIANO. ¡Las cosas de Seviya!

PUREZA. Hombre, no; las cosas de su padre, que se yamaba Petrolero.

VALERIANO. No parese apeyido.

PUREZA. Pos lo es.

Nuevo silencio. Valeriano discurre otro tema de conversación.

VALERIANO. Er capeyán der convento sí vivirá aquí en er compás.

PUREZA. Eso pregúnteselo usté a su hermana.

VALERIANO. Ah, ¿es esta señora su hermana? *A María Dolores.* ¿Es usté la hermana der capeyán?

MARÍA DOLORES. Sí, señó.

VALERIANO. Por muchos años. ¿Y vive usté con é?

MARÍA DOLORES. Desde que me quedé viuda. Con é y con un sobriniyo huérfano. Mi hermano ampara siempre a tos los náufragos de la familia.

VALERIANO. ¿Y es usté artista, por lo que estoy viendo?

MARÍA DOLORES. Artista era mi esposo. Hiso argunas imágenes, y restauró muchas.

VALERIANO. ¿Cómo se yamaba su esposo?

MARÍA DOLORES. Rogelio Caro.

VALERIANO. ¡Ah, don Rogelio!

MARÍA DOLORES. ¿Usté lo conosía?

VALERIANO. Sí, señora. ¡Ya lo creo que lo conosía! Un gran artífise; un gran restauradó. Er fué quien restauró er San Juan de la Cruz que hay en las Teresas.

MARÍA DOLORES. Cabalito. Y yo le ayudaba en muchas cosas, y ar morí me dejó la afisión... y los bártulos. Mi hermano, por broma, me dise la Rordana. Y aquí me tiene usté componiendo un Niño Jesús.

VALERIANO. ¿Argún encargo?

MARÍA DOLORES. De las madres. Cada una de eyas tiene un artarsito y en el artarsito un Niño Jesús. Y es su recreo.

VALERIANO. ¿Er Niño Jesús?

MARÍA DOLORES. Sí, señó. Cada una cuida ar suyo, lo viste, lo adorna... Su recreo.

VALERIANO. ¡Las pobres!... *Mira luego a Pureza, que lo estaba mirando a él, y que entonces vuelve la cara.* ¿Y usté, mosita, cuida también argún Niño Dios?

PUREZA. *Ruborosa.* ¿Le importa a usté mucho?

VALERIANO. Cuando me determino a preguntarlo...

PUREZA. Pos no, señó; no cuido ninguno.

VALERIANO. Se han cambiao las tornas: es er Niño Dios quien la cuida á usté.

PUREZA. *A María Dolores.* ¿Pero usté oye esto?

MARÍA DOLORES. Una finesa.

Pausa. Valeriano no se quiere ir... ni Pureza quiere que se vaya. María Dolores mira a la pareja con simpatía.

VALERIANO. ¡Er compás es lo que se dise un encanto!... ¿Y cuántas son las madres?

MARÍA DOLORES. Treinta y tres.

VALERIANO. Ar convento le yama la gente er de las Reliquias, ¿no es verdá?

PUREZA. ¿Quiere usté que se lo apuntemos en un papelito?

VALERIANO. ¿Por qué dise usté eso?

PUREZA. Porque como la otra tarde preguntó usté lo mismo, y ya se le ha orvidao...

VALERIANO. ¿La otra tarde?

PUREZA. Sí, señó. Estuvo usté con un forastero viendo er compás, y la iglesia, y la sacristía, y toas las escurturas y tos los cuadros.

VALERIANO. *Un poco halagado al oírla.* ¿Se acuerda usté? ¡Qué buena memoria!

PUREZA. No tiene na de particulá. Como aquí apenas yega nadie, un perro que entre no se orvida.

VALERIANO. Ah, claro. Un perro que entre...

MARÍA DOLORES. ¿Le gustó a usté er Cristo de Montañés?

VALERIANO. ¿No había de gustarme, señora? ¡Me pasmó! Como to lo que hisieron las manos de aquel hombre.

MARÍA DOLORES. Mi marido lo veneraba.

VALERIANO. Iguá me pasa a mí. Yo siempre que me pongo ante un Cristo de Montañés le reso a la vez a Montañés y ar Cristo. Sin profanasión. Yevé a ese forastero del otro día ahí ar monasterio de San Isidoro der Campo, y dijo tales cosas viendo er retablo del artá mayó y er sepurcro de Guzmán er Bueno, que creí que se había vuerto loco. Y le arvierto a usté que es un chileno muy inteligente, que le ha dao tres o cuatro vuertas ar mundo y está cansao de vé maraviyas. Pos yoraba de entusiasmo; na más.

MARÍA DOLORES. Ya ve usté. Y yo soy seviyana, esposa de mi esposo... y no he visto aqueyo.

VALERIANO. Porque siempre se estima poco lo que se tiene ar lao.

PUREZA. Er que lo estime poco.

VALERIANO. Es lo que suele susedé.

MARÍA DOLORES. ¿Usté es artista?

VALERIANO. Por artista me tengo.

MARÍA DOLORES. ¿Escurtó?

VALERIANO. Escurtó... lo que yamamos escurtó... la verdá, no me atrevo a ponérmelo en las tarjetas. Me paese demasiao. Soy seramista.

MARÍA DOLORES. ¡Ah!

VALERIANO. Hago cacharritos, figuriyas, jarro-

nes... Afisión sí le tengo. Ahora mismo he hecho, por encargo der marqués de la Rosa, un sentro de mesa con una alegoría de las estasiones, que me ha resurtao grasiosiyo. Paese que tengo idea.

PUREZA. Aquí está mi madre.

Sale a su puerta Trinidad.

VALERIANO. ¿Su madre?... Bueno, pos no molesto más, que bastante monserga he dao.

TRINIDAD. Buenos días.

VALERIANO. Buenos días. *A Pureza.* ¿De manera que dise usté que er sacristán vive aquí a la vuerta?

TRINIDAD. ¿Er sacristán? ¿Pregunta usté por Petrolero?

VALERIANO. Sí, señora.

TRINIDAD. Pos, sí, señó; aquí a la vuerta vive. Conforme sale usté, a mano derecha, la puerta der rincón. No tiene pierdes: verá usté corgás en la paré quinse o veinte jaulas de cañas.

VALERIANO. ¿Hase jaulas er sacristán?

TRINIDAD. Hase jaulas... y rinconeras de marquetería. Se las busca el hombre. ¡Está to tan malo!... Miste nosotros: mi marido es sereno, murguista, demandadero aquí... y pide la yave en los toros.

VALERIANO. *Riéndose.* ¡Sí que son ocupasiones distintas! Con Dios, y muchas grasias.

TRINIDAD. Vaya usté con Dios.

PUREZA. Con Dios.

VALERIANO. ¿Cómo ha dicho usté?

PUREZA. Que con Dios.

VALERIANO. Ah, con Dios. Entendí otra cosa. Con Dios.

MARÍA DOLORES. Que usté siga bueno.

TRINIDAD. *Reparando en María Dolores y en Pureza, que se sonríen como entendiéndose.* ¿Qué? ¿Qué?

PUREZA. ¿Qué quiere desí qué?

TRINIDAD. Que yo no tengo un pelo de tonta... y

que ustedes las dos se ríen de mí. Y tú te has puesto ahora mismo como una seresa.

PUREZA. ¿Yo?

TRINIDAD. ¡Tú! ¡Vamos a vé si lo der sacristán ha sío un achaque! *Se marcha a la calle decidida.*

PUREZA. Se ha malisiao mi madre otra cosa.

MARÍA DOLORES. No; se ha malisiao la verdá.

PUREZA. ¿Usté se cree que ese muchacho...?

MARÍA DOLORES. Yo me creo lo mismo que tú. Y er chiquiyo ha estao muy ocurrente.

PUREZA. ¿Verdá que sí?

María Dolores da por concluída su tarea y recoge los utensilios. Del fondo viene en esto Federico Anderson. Trae una gran cartera. Es joven, fino, aristocrático, de semblante luminoso y risueño. Aunque extranjero, habla el castellano mejor que muchos españoles.

MARÍA DOLORES. ¿Qué es eso? ¿Se acabó por hoy?

FEDERICO. Esta mañana, sí.

MARÍA DOLORES. Yo también. ¿Quiere usté vé a mi hermano?

FEDERICO. Si no le causo una molestia...

MARÍA DOLORES. Ar contrario: un gusto. Vi a avisarle.

FEDERICO. Gracias.

MARÍA DOLORES. No hay de qué. *Éntrase en la casita con el Niño Jesús y aun algunos de sus trebejos.*

PUREZA. ¿Qué me mira usté a mí tan fijamente?

FEDERICO. Que estoy desolado porque todavía no soy lo bastante andaluz. La veo a usted y no se me ocurre en seguida un piropo bonito. Es para tirarse desde el campanario de la Giralda.

PUREZA. ¡Qué guasón! ¿A usté le agradaría sé de aquí?

FEDERICO. Me agradaría... porque estoy seguro de que usted, tan orgullosa de su nacimiento y de su tierra, no ha de querer nunca más que a un sevilla-

no; y yo gozaría mucho pelando la pava con usted.

PUREZA. ¡Cuando digo!... Es usté el inglés más burlón que me he echao a la cara.

FEDERICO. No soy inglés, Pureza.

PUREZA. O fransés.

FEDERICO. Tampoco soy francés.

PUREZA. Pos ¿no es usté estranjero?

FEDERICO. ¡Ah! ¿Y los extranjeros para usted han de ser franceses o ingleses? Bueno, bueno. He ahí una cosa nueva para mí.

PUREZA. Déjese usté de bromas. ¿No ha reparao usté, que tanto se fija, ar vení pa acá, en una señorita rubia que está en un locutorio?

FEDERICO. ¿No había de reparar, Pureza? Es imposible pasar cerca de ella y no mirarla.

PUREZA. Y con lo enamorao que es usté...

FEDERICO. Aunque no lo fuese. Es una belleza que alumbra sus alrededores y llama necesariamente la atención. ¿Quién es ella? ¿Usted sabe...?

PUREZA. Acá lo que sabemos es que es forastera...

FEDERICO. ¡Ah!

PUREZA. Que está en Seviya hará cosa de un mes, y que viene ar convento a hablá con sor Elena de San Serafín, que es prima suya... y la monja más bonita que hay.

FEDERICO. ¿Y ha venido ya varias veces?

PUREZA. Tres con ésta.

FEDERICO. *Graciosamente preocupado.* ¿Querrá profesar esa criatura? ¡Sería horrible!

PUREZA. Eso debía usté de preguntárselo a eya.

FEDERICO. Le advierto a usted, Pureza, que la he seguido la otra tarde.

PUREZA. ¿Qué me cuenta usté, don Federico? ¿A que me está usté dando palique a mí pa esperá a que sarga?

FEDERICO. Estoy esperando al capellán; no sea usted maliciosa.

PUREZA. ¿Y dise usté que la siguió?

FEDERICO. Sí; pero no se sorprenda demasiado: yo sigo todos los días a una sevillana.

PUREZA. Ésta no lo es.

FEDERICO. Pero está en Sevilla, y lo parece. La seguí tres o cuatro calles. Debe de ser viuda, o casada, con el marido lejos.

PUREZA. No, señó, que es sortera: eso sí lo sé yo.

FEDERICO. ¿Soltera? Extraña soledad la suya, entonces. Pero me alegro. Aquella tarde entró en una casa que tenía una cancela de encajes de hierro. Miré a los balcones instintivamente, y los vi cuajados de flores. No sé si es que brotaron cuando ella entró en la casa o si estaban allí desde antes... Me he quedado con esta duda.

PUREZA. Yo, en cambio, tengo ahora la seguridá de lo que le dije a usté hase un momentito.

FEDERICO. No sé a qué se refiere.

PUREZA. A que está usté aquí na más que hasiendo tiempo pa que sarga.

FEDERICO. Es posible; y quizás yo mismo no me doy cuenta de ello. Malo es que usted lo haya observado, porque usted siempre tiene razón.

PUREZA. ¿De veras?

FEDERICO. Siempre. Posee usted el instinto de la verdad. Usted cree modestamente que no entiende de nada, y sabe, sin embargo, de todo.

PUREZA. ¿Yo? ¡Vamos!

Sale el padre Domingo. La muchacha, discretamente, se retira a la puerta de su casita.

PADRE DOMINGO. Aquí me tiene usté.

FEDERICO. ¡Oh, padre Domingo! Siempre tan complaciente. Quizás vuelva un ratillo a la tarde. Le entrego a usted el sagrado depósito. *Le da la cartera.*

Padre Domingo. Se lo dejaré a María Dolores, por si cuando luego venga usté no estoy yo.

Federico. Perfectamente.

Jimena aparece por donde se fué, en dirección a la puerta de la calle. Al ver al padre se detiene para despedirse.

Jimena. Adiós, padre Domingo.

Padre Domingo. Vaya usté con Dios, señorita. ¿Cómo está sor Elena?

Jimena. Bien. ¡Y siempre riendo! ¡Me maravillo cada día más! Lo que es sentir o no sentir esa vocación, esa llama...

Padre Domingo. Evidente. ¿Muchos días aún por Seviya?

Jimena. ¡Sí! Lo menos otro mes.

Padre Domingo. ¡Ah! Entonses nos veremos bastante. *Advirtiendo la curiosidad con que se miran Anderson y Jimena.* ¿Me permite usté que le presente a este cabayero?

Jimena. ¿Por qué no?

Padre Domingo. Creo que se alegrarán ustedes de conoserse.

Federico. Sin duda.

Padre Domingo. *Presentándolos.* La señorita doña Jimena Vélez de León, hija der famoso don Emiliano.

Federico. ¡Oh! ¡Tengo un honor muy grande!...

Padre Domingo. Don Federico Anderson, escritor estranjero, exselente amigo de los españoles.

Jimena. Celebro mucho...

Padre Domingo. Se pasa las mañanas y las tardes en er convento.

Jimena. ¿Cómo?

Federico. No es que me haya prendado de ninguna monja, aunque bien podría... Pero en ese caso el señor capellán no habría sido tan condescendiente conmigo.

PADRE DOMINGO. Probablemente, no.

Entre Pureza y Anderson se cruza una mirada significativa. A la mocita le causa risa y se quita de en medio.

FEDERICO. Estoy copiando unos documentos que me interesan y que las madres tienen en el archivo de la casa. El señor capellán me ha dispuesto una habitación donde trabajo aisladamente en una soledad de celda.

PADRE DOMINGO. ¡Y tanto! Como que está pasao el úrtimo rincón der compás, contigua a la iglesia, donde estuvo la primitiva casa de la fundadora. El emparedamiento, como entonses se le yamaba. Voy a dejá estos papeles y sargo en seguida.

JIMENA. Vaya usted.

PADRE DOMINGO. Siéntense, si gustan. *Entra en su casa.*

Jimena y Federico se miran con mutua complacencia.

FEDERICO. ¡Qué cosas dispone la suerte! ¿Quién me diría, cuando vine a trabajar al convento, que había de conocer aquí a una hija de Vélez de León, a la que ya había visto por esas encrucijadas sevillanas?...

JIMENA. *Sonriendo.* Sí que no es esta la primera vez que nos vemos usted y yo... ¿Fué usted amigo de mi padre?

FEDERICO. No alcancé ese honor, señorita. Sabía de él y me interesaba su persona, tan singular, tan rara; y me atraía con gran curiosidad su trabajo callado, del que llegaban a mí preciosas referencias. Me han hablado mucho de su tertulia literaria; me han contado sin fin de anécdotas, llenas de intención y de sal... ¿Qué tiempo hace ya que murió?

JIMENA. Cerca de cuatro años. Su muerte, justamente, fué la causa de que yo volviera a Madrid.

Federico. ¿No vivía usted con él?

Jimena. *Gravemente, con acento triste.* No, señor; vivía fuera de España: en París casi siempre. Llevaba ya bastante tiempo lejos de mi casa, separada de mi madre y de mis hermanos... y de él, por fuerza. *Con amargura.* ¡Novelas de la vida! Digo, novelas, no; historias.

Federico. Dispense usted si con mi pregunta... si he sido inoportuno...

Jimena. ¡No, por Dios! Al contrario. Me alegra que usted, que acabo de saber que ama a España, no ignore el nombre de mi padre, ni desconozca su labor enteramente. Yo, en la actualidad, vivo para ella; me ocupo en ordenarla con gran cuidado. La recogí en mi casa, como herencia que me correspondía antes que ninguna. Mi madre y mis hermanos... En fin, esto a usted no le importa. En mi poder están todos los papeles de mi padre; sus trabajos inéditos, su caudal de investigaciones, sus apuntes, sus cartas...

Federico. Serán un tesoro.

Jimena. Creo sinceramente que lo son. Labor enorme, inédita en su mayor parte, de un hombre que tenía más ambición que fuerzas. Repasándola me estremezco y lloro mil veces. Porque es de mi padre, y por el patriotismo que rebosa. Le aseguro a usted que su lectura ha redoblado el mío, y soy ahora mucho más española que antes, porque además lo soy con plena conciencia. ¡Cuánto de mi patria he aprendido en él! ¡Cuánto ignoramos de ella! ¡Qué calumniada ha sido España! ¡Y cómo no hay fuerza más villana que la de la calumnia!

Federico. ¡Con qué pasión ha dicho usted eso!

Jimena. Por algo será. No he hallado una sola línea en todo lo escrito de mano de mi padre, que no estimule el amor nacional; en que no vibre la ilusión

de nuestra grandeza, la devoción de nuestro ayer. ¡Qué dicha ser su hija!

FEDERICO. No es menor la de oír a una española expresarse así. No abundan.

JIMENA. ¿Usted es...?

FEDERICO. De mí hablaremos luego. ¿Piensa usted editar las obras de su padre?

JIMENA. Eso quisiera; de ello trato. Mi viaje a Sevilla se relaciona con ese propósito. Vive aquí un viejo amigo suyo, poseedor de una correspondencia íntima, en la que estoy hallando rasgos de mi padre que le explicarán al público muchas cosas.

FEDERICO. Labor es esa para realizada sólo por una hija como usted.

JIMENA. Haré lo que pueda por su memoria. Reduzco a ello ya el fin de mi vida. Deseo que mis compatriotas conozcan el temple de alma de Vélez de León. Lo merece. Haré lo que pueda. Por aquello que dice uno de los Tellos de Meneses, de Lope:

«El que su casa no aumenta
y la deja como estaba,
no es hombre digno de honor,
antes de perpetua infamia.»

Yo no soy hombre, pero...

FEDERICO. Mejor es que no lo sea usted. ¿Es cierto que don Emiliano dejó un cabal estudio de Lope de Vega?

JIMENA. Cabal... hasta cierto punto; pero, desde luego, de lo más completo que dejó. En él volcó su alma. Decía mi padre que la de Lope era como un aura ambiciosa, que pasó por todos los lugares de España y de todos se llevó el perfume: desde las cuevas de Covadonga hasta las playas de Sanlúcar.

FEDERICO. Muy bien dicho.

JIMENA. El renegado que quiera amar a España

que lea a Lope de Vega. No hay germen nacional que no esté en sus versos. A mi padre le oí yo muchas veces: «Como Lope hizo hablar a todos los hombres de la tierra, empezando en Adán, y los hizo hablar en español y con sentimientos españoles, Lope hizo española a la humanidad.»

FEDERICO. Por eso son tan grandes España y Lope. Tal poeta para tal nación.

Vuelve el padre Domingo.

JIMENA. He pegado la hebra con este caballero...

PADRE DOMINGO. ¿No le dije yo a usté...?

FEDERICO. Por mi parte, lo que le debía de antemano al señor capellán del convento de las Reliquias es grano de anís para lo que le debo desde hoy.

JIMENA. ¡Qué galante!

FEDERICO. En ocasiones es fuerza que lo sea la sinceridad.

Trinidad vuelve de la calle y entra en la portería, hablando entre sí.

TRINIDAD. ¡Miedo tenía su padre de que la niña parara en monja!... ¡Se va a tranquilisá muy prontito!...

JIMENA. ¿Lleva usted mucho tiempo en España?

FEDERICO. Siete años corridos.

JIMENA. Casi no conserva usted ya acento extranjero.

FEDERICO. ¿Y qué falta me hace? Por lo mismo que quiero bien a España, he pretendido hablar el español como si lo fuese. El amor a un idioma es la prueba inequívoca del amor a un país. Los pueblos que quieran vivir con tres o cuatro idiomas no serán nunca grandes.

PADRE DOMINGO. Además, la madre de don Federico era española, señorita.

JIMENA. Ah, ¿era española su madre de usted?

FEDERICO. De Cádiz. Mi padre, inglés, de Gibral-

tar. Yo nací en Los Ángeles, en Norte América. Y aun cuento en mi ascendencia una abuela alemana y un bisabuelo de «la bella Napoli». ¿Usted sabe lo que dice de mí un tal Pizarra de San Bernardo...?

PADRE DOMINGO. ¡Gran tipo!

FEDERICO. ¿Chamarilero y «cicerone» en una pieza?

JIMENA. ¿Qué dice?

FEDERICO. Que yo soy una «rebujina». ¿Me ha salido con dejo andaluz?

PADRE DOMINGO. Como si lo hubiera dicho er propio Pisarra.

JIMENA. ¿Y en Sevilla hace mucho que está?

FEDERICO. Quince meses. Y eso que vine por quince días tan sólo. Pero no es el encanto de Sevilla, con serlo muy grande, lo que me ha detenido así; sino la fortuna que me ha guiado en mis investigaciones históricas. Trabajo en el Archivo de Indias. Preparo un libro de ardiente españolismo. Es ya deber mío el comunicárselo a usted.

JIMENA. ¿Tal vez sobre los conquistadores de América?

FEDERICO. Exactamente. Yo gustaría de escribir la historia de todos, verdadera epopeya humana. ¡Los hombres que llevaron a países salvajes o desiertos la civilización, la verdadera civilización: leyes piadosas, la escuela, el altar y la imprenta!... Que no busquen los maestros españoles héroes más grandes que mostrar a los niños que aquellos héroes, porque la humanidad no los tiene.

JIMENA. No los tiene.

FEDERICO. Afirma de modo solemne un historiador español que «la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de las Indias». Y yo he de terminar mi libro afirmando a mi vez, que ni ha habido más grande nación que esta Espa-

ña, a quien se debe el hecho fabuloso, ni ya en lo porvenir puede tampoco haberla, porque no hay otro mundo que descubrir y que civilizar.

JIMENA. Le oigo a usted—ya ve cómo estoy—conmovida... temblando de satisfacción y de gozo... ¡Si viera con qué emoción sigo sus palabras!...

PADRE DOMINGO. ¡Qué siento yo que no esté aquí Pepichi!

JIMENA. ¿Quién?

PADRE DOMINGO. Nadie.

FEDERICO. Pues decía, señorita, que ya que mis fuerzas, por pobres, no me permiten escribir la epopeya magnífica, consagraré mi libro a dos héroes oscuros hasta ahora: un soldado y un misionero. Así lo titulo. El soldado, Martín de Salazar, que nació en Sevilla y murió, como Hernán Cortés, en Castilleja de la Cuesta, fué extraño ejemplo de resistencia y de heroísmo. Al morir dejó su humilde ajuar a estas monjas, una de las cuales era hermana suya, y con él las sencillas memorias de sus hazañas, escritas a lo llano, con modestia sublime... El misionero, fray Alonso Garzón, natural de Ávila, murió en Nuevo Méjico, y llevó el amor y la ternura de la religión de Jesús a tribus salvajes, que entre sus bárbaros ritos practicaban el de ofrecer a los dioses corazones humanos. Este misionero y aquel soldado son mis héroes.

JIMENA. ¡Oh! ¡Qué hermosura! ¡Y cómo contrasta ese noble empeño de usted con el de muchos de mis compatriotas! Usted habrá observado el fenómeno. Esos de que hablo parecen no responder sino a esta divisa: lo que denigra, es cierto; lo que enaltece, es falso.

FEDERICO. Así lo creen o fingen creerlo. No hay que vivir en España el tiempo que hace que yo vivo para darse cuenta de esa gran verdad.

JIMENA. ¿Y habrá nada más triste? No hay amor, no hay verdadero àmor a España... ¿Ha leído usted unos artículos que se están publicando en la revista «Atlante» de Nueva York?

FEDERICO. No.

JIMENA. Pues no los lea si no quiere morirse de asco. Contienen todos los lugares comunes, toda la trágica vulgaridad de la leyenda negra; todas las calumnias que en tres siglos de odio y de envidia a España han caído sobre nosotros. Las páginas más bochornosas de la historia de todos los pueblos del mundo le merecen disculpa al articulista; sólo las de España son execrables para él. Firma un tal Demetrio.

PADRE DOMINGO. *Asociando ideas.* ¿Demetrio?

JIMENA. Sí, señor.

FEDERICO. Es lamentable que tales patrañas aun encuentren vertedero donde caer.

Vienen de la calle Pizarra, el «cicerone» antes mencionado, y Mosié Busón, pajarraco extranjero. Éste se distingue por la mirada fatigada y atónita de un hombre que quisiera enterarse de todo y que difícilmente se entera de algo. Viste de chaqué, hongo duro de copa plana, botines y monóculo. No abandona una guía y un libro de notas, donde escribe alguna cosa de cuando en cuando. Habla, lo poco que habla, con gran esfuerzo.

PIZARRA. Pase usté, pase usté, cabayero. Buenos días, don Federico y la compaña.

FEDERICO. ¡Oh, insigne Pizarra! Buenos días.

PADRE DOMINGO. Ven con Dios.

JIMENA. Buenos días.

Mosié Busón saluda con el hongo. Pizarra empieza sus funciones en el compás. Jimena, Anderson y el Padre Domingo atienden a la escena y hacen comentarios y ríen con discreción entre sí. Pizarra les guiña burlescamente alguna vez.

Pizarra. *A Mosié Busón.* Este convento que vamos a vé ahora es vurgarmente conosido por er de las Reliquias, porque parese sé que en ér dejaron sus reliquias todos los marnates y los santos varones que lo visitaron en la antigüedá. San Isidoro dejó una mitra; San Leandro, un báculo y la reseta de las yemas que yevan su nombre; San Fernando, un pendón, y Santa Teresa, las sélebres sandalias. Y así los demás, hasta Arfonso XIII. De Isabé la Católica se cuenta que entró aquí a cabayo, y que al enterarse de que aquer día presisamente se les había muerto a las madres er borriquito que le daba vuertas a la noria, donó su cabayo pa ese servisio, y se fué andando hasta el Arcasa, entre las aclamasiones de la murtitú. Er cabayo se conserva momificao en los sótanos der convento. Lo que tiene, que pa verlo es menesté una lisensia der cardená, que cuesta quinse duros. Refiere la leyenda que la fundadora de este convento, doña Társila de Guzmán, estuvo enamorada platónicamente de don Pedro er Crué; pero este dato aun no se ha comprobado en la historia. En er siglo xvi hubo una abadesa, gran escritora, hija naturá de Fray Bartolomé de las Casas, que escribió un drama religioso en latín, que luego le puso en lengua vurgá er seviyano Lope de Rueda, de ofisio batihoja y autó der paso de «Las asitunas». *Trinidad sale a la puerta de su vivienda, en espera del momento en que sus servicios sean solicitados por Pizarra.* Estos patios tan alegres que usté ve aquí, se yaman, como ya le he dicho, er compás. En eyos se encuentran los locutorios, er torno y las viviendas de los servidores de las madres. Er nombre de compás obedese a que en estas casas se presisa entrá con mucho tiento. Éste fué restaurado en tiempos de Carlos III, de Carlos IV y de Carlos V, que por sierto reinó mucho antes que Carlos III y que Carlos IV. ¡Las contradisiones de este

país! Cuando usté quiera vamos a visitá la iglesia, donde hay un retablo de Alonso Cano que es la armirasión de to er que lo ve.

Mosié Busón. Vamos a la iglesia.

Pizarra. Trinidá, acompañe usté a la iglesia a este cabayero.

Trinidad. Venga usté por aquí, señó.

Pizarra. La señora le enseñará a usté to lo más curioso.

Mosié Busón. Bien.

Trinidad. Por aquí.

Se va por el fondo, hacia la izquierda, con Mosié Busón. Pizarra se aproxima al grupo de los otros tres personajes, quienes desean oírlo a propósito del viajero.

Pizarra. Vaya con Dios Mosié Busón, que ya va listo.

Federico. ¿Cómo le ha llamado, Pizarra?

Pizarra. Mosié Busón.

Padre Domingo. Pero ¿se yama así?

Pizarra. Su madre sabrá cómo se yama y en qué tierra lo trajo ar mundo. Yo le he puesto Mosié Busón, porque se traga to lo que le echo.

Jimena. Ya lo hemos visto, ya.

Pizarra. Es de lo más boyante que he tropesao en mi ofisio. Ayer tarde me lo encontré en er Parque de María Luisa, ar pie de una parmera, renegando en su jerga de un guarda que le había echao una murta porque cogió unas flores. Estaba negro. «¡Cosas de España!» —me desía después, en son de crítica.— Ya ve usté: echá murtas, cosas de España. ¿Estará enterao? ¡Las cosas de España son perdoná las murtas!

Federico. ¿Entiende bien el español?

Pizarra. Pa mí que se quea en ayunas de más de la mitá. Y lo que toca hablarlo, cuando tropiesa por

casualidá con una erre, suda sangre. Hase un rato, pa desirme que quería í a San Roque se tuvo que agarrá a una ventana.

JIMENA. ¡Ja, ja, ja!

PIZARRA. Está atontao: yo no sé si de armirasión o de que no se entera. Pué que de las dos cosas. Creo que viene a escribí un libro aserca de España.

FEDERICO. ¿Sí, eh?

PIZARRA. Sí, señó. Y lo que es er capítulo de Seviya va a está sembrao. Desde ayé que yo lo cogí por mi banda... ¡sembrao!

PADRE DOMINGO. Pero, hombre, y si te ha dicho eso der libro, ¿pa qué le cuentas tú disparates?

PIZARRA. ¡Pa no dejá sola la colersión de los que ér trae ya metíos en la cabesa! ¿Usté sabe las preguntas que desde ayé me ha hecho? No pasamos por un edifisio que nó me diga: «¿Es la Inquisisión?» La Fábrica e Tabacos, la Inquisisión; er Museo, la Inquisisión; la Biblioteca Colombina, la Inquisisión... ¿Quié usté desirme dónde estuvo la Inquisisión, pa yevarlo ya y que duerma tranquilo?

FEDERICO. Yo no puedo sacarle de dudas, Pizarra.

JIMENA. Ni yo.

PADRE DOMINGO. Yo no sé más sino que a la caye de Bustos Tavera se le yamaba de la Inquisisión Vieja.

PIZARRA. Pero ¿qué más da? Lo mejó que hago es emborracharlo en la Venta Eritaña y desirle que ayí estuvo la Inquisisión. Yo me consertaré con Manolito.

FEDERICO. Asombra el desconocimiento de España que hay en el extranjero. A mí hubo quien me aconsejó que no viajara por este país sin escopeta y sin puñales.

JIMENA. A mí me han preguntado si era verdad

que en el paseo de las cuadrillas, en los toros, salía un capellán con traje de luces y bonete.

Padre Domingo. ¡Avemaría Purísima!

Pizarra. Este Mosié Busón sueña con los cuernos también. Entre la Inquisisión y los «toreadores» está sonámbulo. Pasa un cojo: «¿Er Tato?» No, hombre: ¡un cojo! ¿De dónde sale usté? Pasa un tuerto: «¿Manuel Domínguez?» No, señó: ¡un tuerto! ¡Como habrá muchos en su tierra! ¡Pero hasta en eso anda atrasao de notisias! Y esta mañana me ha preguntao qué se hasía con los cuernos después de las corrías.

Padre Domingo. ¿Y qué le contestaste?

Pizarra. No es pa dicho en este lugá.

Risas.

Federico. Pues por desatinos que se inventen, se han escrito más todavía.

Pizarra. Aquí vuerve ya el hombre. ¡Y que no levanta aire con los fardones der chaqué!

Federico. Pronto ha visto la iglesia.

Pizarra. ¡Despacha en un vuelo!

Vuelve, en efecto, Mosié Busón. Trinidad lo sigue, y a poco se mete en su casa.

Trinidad. Este señó me ha preguntao dos o tres cosas y yo no he sabío responderle.

Pizarra. No se apure usté; yo se las esplicaré por er camino. *A Mosié Busón.* ¿Le ha gustao la iglesia?

Mosié Busón. Sí. Barroca.

Pizarra. ¿Y er retablo, le ha gustao a usté?

Mosié Busón. También. Barroco.

Pizarra. ¿Y la capiya de la Virgen?

Mosié Busón. Barroca. *Hojea su librito.*

Pizarra. *A los demás.* ¡O to lo que no entiende es barroco, o no hay más que barroco en Seviya!

Mosié Busón. Escuche, Pizarra.

Pizarra. Mándeme usté.

Mosié Busón. Quiero hoy visitar Los Molares.

Pizarra. ¿Los Molares? Eso es un pueblo ar lao de Utrera.

Mosié Busón. Los Molares.

Pizarra. Un pueblo ar lao de Utrera.

Mosié Busón. Los Molares.

Pizarra. Usté lo que querrá será vé er castiyo.

Mosié Busón. El castillo, sí.

Pizarra. Sí, porque er pueblo es muy alegre y muy blanquito; pero es una caye na más.

Mosié Busón. ¿Habrá un gran hotel?

Pizarra. ¿Gran hoté en Los Molares? ¿A que es Mosié Busón er que se está queando con Pisarra?

Mosié Busón. ¿Qué dice?

Pizarra. ¡Que grasias a Dios que haya una posá; que er pueblo es muy chico! *Mosié Busón sonríe desdeñosamente.* Se va en tren a Utrera, y en Utrera se toma un coche. Media hora de camino escasa.

Mosié Busón. ¿Encontraremos bandoleros?

Pizarra. ¡No! ¡Qué disparate! No tema usté. Eso era a prinsipios der siglo pasao. ¡En tiempo de Manuer Domínguez! Ahora por los caminos no hay más que perros y la Guardia siví.

Mosié Busón. Bien. *Escribe en el librito.*

Pizarra, mientras tanto, dice a los otros:

Pizarra. ¡Estoy ya hasta los pelos de sivilisasión y de que se piense que esto es África! ¡Y he pasao yo más mieo en París y en Londres a las seis de la tarde, que a las dos de la noche en una carretera de Andalusía!

Mosié Busón. ¿Vamos?

Pizarra. Vamos cuando usté guste. Buenos días.

Jimena. Buenos días.

Padre Domingo. Adiós.

Federico. Adiós.

Mosié Busón vuelve a saludar con el hongo y

se va a la calle con Pizarra, que dice antes de irse:

PIZARRA. Yevamos andando tres horas. ¡No toma un coche ni soñando en la siesta!

FEDERICO. ¡Caricatura deplorable! Lo ignora todo, viene lleno de prejuicios estúpidos, no sabe castellano... y va a escribir un libro acerca de España.

JIMENA. Y muchos españoles harán más caso de ese libro que del de usted. *Despidiéndose.* Señor Anderson...

FEDERICO *Estrechándole la mano.* Jimena... Muy honrado y muy contento de esta amistad.

JIMENA. Mil gracias. Muy ufana yo por mi parte. Adiós.

FEDERICO. Adiós.

JIMENA. Que usted siga bien, padre Domingo.

PADRE DOMINGO. Vaya usté con Dios, señorita.

Al ir a marcharse Jimena llega Florencio. El encuentro, inesperado y repentino, desconcierta a los dos. Ella se reprime, y Florencio exclama:

FLORENCIO. ¡Jimena!

JIMENA. ¿Eh?

FLORENCIO. ¡Jimena!

JIMENA. *Ya con absoluto dominio de sí.* No recuerdo...

FLORENCIO. *Rehaciéndose a su vez.* ¡Ah!... perdone. Me he confundido.

Jimena, ensombrecido el hermoso semblante, sigue su camino y se marcha, ocultando su turbación. El capellán le pregunta entonces a Florencio, con extrañeza:

PADRE DOMINGO. ¿Se ha confundido usté?

FLORENCIO. No, señor; no me he confundido. ¿No ha oído usted cómo la llamé por su nombre? Jimena. Es Jimena Vélez de León. Sé quién es, y sabe quién soy. Subo por Pepichi. *Éntrase en la vivienda del capellán.*

Éste lo mira y mira a Anderson, el cual ha presenciado el incidente con gran curiosidad y emoción. Cuando desaparece Florencio, se asoma a la puerta del compás, a punto de seguir otra vez a la misteriosa heroína.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Último espacio del compás, contiguo a la iglesia. En primer término, a la derecha del actor, un pasadizo que comunica con la parte del compás que ya conocemos. En segundo término, la puertecita de un locutorio. Al foro, la puerta reglar del convento, cobijada por amplio y rico guardapolvo, que sostienen firmes ménsulas de hierro forjado. A la izquierda, en el primer término, limitando el lugar, una puerta baja de arco, con celosía, que conduce a la iglesia y al cuartito en que Anderson trabaja. En segundo término, la puertecita de una vivienda humilde. En ángulo recto con ella, de frente al público, otro locutorio, en cuyo fondo se ve la doble reja que separa del mundo a las monjas, y tras la cual hay una cortina corrida. En los huecos, poyetes adosados a la pared y tal cual arriate. Aquí y allá ligeros arbustos.

Es por la tarde, a los quince días del acto anterior.

La Seglarita, mocita huerfana, de grandes ojos que brillan con serena luz, cose sentada a la puerta de la vivienda de la izquierda. Viste pobremente. A su lado hay un par de sillas: o espera visita o la ha tenido ya.

Por la puerta de la celosía salen Pureza y don Augusto, caballero español con aire extranjero. Pureza está un poquitito más compuesta que en el primer acto.

PUREZA. ¿Conque tanto le ha gustado a usté la iglesia de las madres?

DON AUGUSTO. Extraordinariamente, niña. Con decirle que las alabanzas de usted me han parecido pálidas...

PUREZA. ¿Usté es la primera vez que viene a Seviya?

DON AUGUSTO. La primera.

PUREZA. Pos no será la úrtima. To er que viene a Seviya se empica.

DON AUGUSTO. ¿Se qué?

PUREZA. Se empica. Se afisiona: le da la comesón de vorvé. Y es que en Seviya está lo mejó der mundo.

DON AUGUSTO. ¿Quién le ha dicho a usted eso?

PUREZA. Yo que lo sé.

DON AUGUSTO. ¡Ah, entonces!...

PUREZA. Y mi novio también me lo ha dicho.

DON AUGUSTO. Esa opinión sí que es indiscutible.

PUREZA. ¿Ve usté, señó? Esta grande es la puerta de regla: así la yaman. Como no haya obra en er convento, o arguna cosa estraordinaria, no se abre más que pa resibí a las novisias.

LA SEGLARITA. *Atenta a la conversación.* Hoy entra una.

PUREZA. Sí: es ahijada de este cabayero.

LA SEGLARITA. Ah. *Se levanta, curiosa.*

PUREZA. *Por la Seglarita.* Esta muchacha tiene aquí dos hermanas.

DON AUGUSTO. ¿Dónde?

PUREZA. En er convento.

DON AUGUSTO. ¿Y ella no ha querido seguirlas? Ha hecho bien.

LA SEGLARITA. Yo sí hubiera querido, pero no tengo vocasión. Nos quedamos huérfanas, y mis hermanas, que son las mayores, desde entonses no pensaron más que en profesá. Yo, por viví serca de eyas, les pedí a las madres que me arrendaran este nidito, y me ayudo con la costura.

PUREZA. Le arvierto a usté que, aunque no ha entrao, ésta es otra monja. En er compás le desimos la Seglarita.

DON AUGUSTO. ¿La Seglarita?

La Seglarita. Er nombre que les dan las madres a las novisias mientras prueban la vocación.

Pureza. Yo digo que no le fartan más que las tocas y enserrarse ahí dentro.

La Seglarita. ¡Casi na me farta! Un convento es una carse en vida. Me da miedo pensá en una puerta como esa, que al año de entrá una por eya se le sierra pa siempre.

Don Augusto. *Interesado*. ¿Suelen salirse antes del año algunas novicias?

La Seglarita. Rara vez. La que entra, lo regulá es que tome el hábito. ¡Qué pena!

Don Augusto. ¿Y en qué consiste la ceremonia de la entrada? Póngame usted en antecedentes, ya que he de venir luego...

La Seglarita. ¿La de la entrada de una novisia quiere usté sabé, no la de la toma de hábito? Son cosas diferentes.

Don Augusto. Eso es; sí. La de la entrada de una novicia.

La Seglarita. Pos muy sensiya, cabayero. Por lo mismo impresiona más. Viene la muchacha con su madrina o su padrino, y también con arguna amiga que quiera despedirla. Las monjas no quieren que las acompañen los padres ni las personas muy ayegadas, para que la despedida sea menos triste. La «postulanta» yama tres veses a la puerta de regla. Se hinca de rodiyas y espera hincada hasta que la puerta se abre. La aguardan dentro la abadesa y toda la comunidá. Eya entonses se despide otra vez de las personas que la han traído, y entra en er convento. Se sierra la puerta... y se acabó.

Don Augusto. *Con tristeza*. ¡Y se acabó!

Las dos mocitas contemplan al caballero. Del locutorio de la derecha sale Jimena, que se sorprende al verle.

JIMENA. ¡Don Augusto!

DON AUGUSTO. ¡Jimena! ¿Usted en Sevilla?

JIMENA. Pues, ¿y usted?

DON AUGUSTO. Es verdad: lo mío es más raro. ¿Estaba usted en ese locutorio?

JIMENA. Sí, señor; hablando con una monja prima mía. ¿Y usted, viene a llevarse alguna?

Pureza y la Seglarita se apartan, sin dejar de atender al diálogo de Jimena y don Augusto, y de hablar entre sí. Cuando ven que la conversación se prolonga, se sientan.

DON AUGUSTO. No; a traerla. Esta tarde ingresa en este convento una criatura angelical, ahijada mía, a quien quiero como si tuviera mi sangre. De Londres he venido, primero que a nada, a ver si podía disuadirla de su propósito, con mejor fortuna que su madre. Pero ha sido inútil.

JIMENA. ¿Es un caso de gran vocación?

DON AUGUSTO. De gran dolor; de gran desencanto.

JIMENA. ¡Pobre criatura! ¿Quién es ella? ¿Cómo se llama?

DON AUGUSTO. Isidrita Santa María. Ha vivido hasta hace muy poco en un pueblo de por acá... de cuyo nombre no quiero acordarme.

JIMENA. ¿Y qué dolor es el que la arrastra a una resolución así?

DON AUGUSTO. Una villanía: la calumnia infame de un novio despechado.

JIMENA. *Estremeciéndose.* ¡Oh!

DON AUGUSTO. Como en esta bendita España se puede calumniar impunemente... Él ha huído del pueblo; ella me ruega que no lo busque y que lo perdone; la gente ha creído la infamia, con esa inconsciencia de la maldad, que es la gran tercera de la calumnia... Y ahí tiene usted el drama terrible:

una vida deshecha, una casa vacía... y una madre que pierde a su hija. Es más: también la pierde un buen muchacho, enamorado de ella, que cree en su pureza y le ofrece su amor como reparación ante el mundo. Pero todo es en vano: se encierra en el convento.

JIMENA. *Turbadísima, con los ojos llenos de lágrimas.* Me ha hecho usted llorar... Llevo unos días tan excitada y tan nerviosa...

DON AUGUSTO. ¡Vaya por Dios, Jimena!

JIMENA. *Vivamente.* Sin motivo, sin causa, no se figure usted. ¿Y es esta tarde cuando dice usted que ingresa esa niña?

DON AUGUSTO. Esta tarde. Ahora voy por ella. He estado hablando un rato con la madre abadesa, haciéndole un poco de historia... —¿Y usted, qué me cuenta desde que no nos vemos? ¿Qué la trae por Sevilla?

JIMENA. Asuntos de mi padre. Voy a ver si libro del olvido todo cuanto escribió.

DON AUGUSTO. ¿Piensa usted editar sus obras?

JIMENA. Sí, señor; aunque me arruine.

DON AUGUSTO. No lo creo.

JIMENA. Pues no lo dude usted. El espíritu de mi padre era muy español, y hoy no se lleva eso. Cada español se ha echado una especie de patria adoptiva en la nación extranjera que más le gusta. ¡Pero a quién se lo digo!

DON AUGUSTO. No obstante, aunque sólo sea para ayudar a usted en su aventura editorial, cuénteme entre los suscritores.

JIMENA. Muchas gracias. Es un gran sacrificio el de usted. Porque si lee las obras va a sufrir muchísimo.

DON AUGUSTO. Pues las pienso leer.

JIMENA. ¡Pues se tirará usted de los pelos! ¡Dios

mío! ¡Leyendo a Vélez de León el español más antiespañol que conozco! ¿Se acuerda usted de nuestras peloteras nacionalistas en París, en casa de madame Rosemonde?

Don Augusto. ¿Quién las olvidará? Y menos yo, que era siempre el vencido.

Jimena. Por gentileza. ¡Qué manía la de usted! Desde Hendaya para acá todo le parecía ya insoportable. El paisaje, las gentes, el idioma, el humo del tren, los revisores, los pájaros, los hilos del telégrafo... ¿Qué quiere decir todo? ¡Ja, ja ja! Se ponía usted frenético.

Don Augusto. Un poco me van ya suavizando las canas.

Jimena. ¿Se puede creer?

Don Augusto. Sí; pero no cante usted victoria. Ni tampoco me juzgue demasiado mal. Nadie puede exigirme, en rigor, que yo quiera a mi patria.

Jimena. ¿Nadie, don Augusto?

Don Augusto. Nadie, Jimena.

Jimena. ¿Ni por ser natural de la corte?

Don Augusto. ¿Y qué más da? Efectivamente, nací en Madrid; pero aun estaba en el claustro materno—lo recuerdo muy bien—y ya oía a mis padres discutir si sería niño o niña; y lo discutían en inglés. Mi padre le llamaba a mi madre Fanny y mi madre a mi padre Tommy. Y fuí varón, por suerte. Y cuando apenas sabía decir en español más que papá y mama, me enseñaron simultáneamente inglés y francés. El español se conoce que era lo de menos. En la mesa, en mi casa, se hablaba inglés ordinariamente, y se menospreciaba y se criticaba a España, sobre todo cuando había visitas extranjeras. Era un extraño modo de halagar el amor patrio de las visitas. Nadie me enseñaba nunca un héroe nacional, en ningún orden conocido, ni por casualidad ponía con

amor en mis manecitas un libro castellano. Recuerdo que el «Quijote» no lo leí hasta los treinta años, en inglés. A Velázquez lo conocí en el Louvre. La educación, es claro, la recibí fuera de España: en Londres. Luego, en premio a mi aplicación de estudiante, me llevaron a visitar París, Berlín, Viena y Roma... Todo menos España. Aun no he visto—otro cualquiera se avergonzaría de confesarlo—Toledo, ni Granada, ni El Escorial... Mis padres no me llevaron nunca. ¡Eran tan malos los hoteles!... He pasado temporadas en Brujas, y desconozco Salamanca; no he pisado Aranjuez, y me sé de memoria Versalles; veraneo en Suiza, y hablo de oídas de las montañas asturianas y de las rías gallegas... Dígame usted si a quien así creció y vivió es lícito exigirle que sea modelo de patriotas. Que me pidan, por mucho, que no abomine de mi país, pero ¿que lo quiera? ¿Por qué? ¿Quién me enseñó a quererlo?

Jimena. Es verdad, es verdad... La negación constante, el menosprecio, la ignorancia del propio suelo, no pueden llevar más que a este resultado. Noto, sin embargo, que ha cambiado su lenguaje de usted. Le mandaré, le mandaré los libros de mi padre.

Don Augusto. De catecúmenos está llena la historia de la iglesia.

Jimena. ¿Habrá hecho Sevilla el milagro?

Don Augusto. Todavía no hay milagro. Pero, en honor de la verdad, creo que es Sevilla capaz de hacer muchos. Adiós, Jimena. Muy complacido de este encuentro.

Jimena. Adiós, don Augusto; que nos veamos. Yo estoy en una de las hospederías de la calle de Justino de Neve.

Don Augusto. La buscaré a usted. Adiós.

Jimena. Adiós.

Don Augusto. *A Pureza.* ¿Vamos, niña?

PUREZA. Vamos.

Se va con don Augusto por el pasadizo. La Seglarita se acerca a Jimena, que ha quedado abstraída.

LA SEGLARITA. Se conose que a ese cabayero le duele mucho que su ahijada se meta monja.

JIMENA. Sí... Pero más que el hecho, la causa. Voy a rezar un rato.

LA SEGLARITA. Vaya usté con Dios.

Sigue a Pureza y a don Augusto. Jimena se encamina a la iglesia. Cuando va a abrir la celosía, sale por ella Federico Anderson.

FEDERICO. ¡Oh! ¡Amiga mía!

JIMENA. Amigo Anderson...

FEDERICO. *Jovialmente.* ¿Iba usted quizás a buscarme?

JIMENA. ¡No! Iba a la iglesia. ¿Usted viene de su celdita, de trabajar?

FEDERICO. De querer trabajar. Y ahora volveré. Sino que ha llegado Pizarra con no sé qué portento pictórico, y el señor capellán me ha rogado que vaya a verlo.

JIMENA. Pues siga su camino; por mí no se detenga usted.

FEDERICO. ¿Por quién mejor? Que aguarde Pizarra. Aunque dice que trae un Murillo, como ante mi vista tengo otro...

JIMENA. ¡Cristiano! Eso es digno de un mocito de la Macarena.

FEDERICO. Me voy andaluzando mucho. ¿Está ahí la Seglarita?

JIMENA. Acaba de irse. ¿Qué la quiere usted?

FEDERICO. Nada. ¿Y en los libratorios, no hay gente?

JIMENA. Ahora, nadie.

FEDERICO. Pues gocemos nosotros dos de esta

tranquila soledad, que parece dispuesta para nosotros dos. El compás de los conventos es un sitio muy solo... pero siempre está acompañado. Sentémonos.

JIMENA. ¿Que nos sentemos?

FEDERICO. ¿Hay en ello algún inconveniente?

JIMENA. Ninguno.

FEDERICO. ¡Entonces!... *Se sientan.* Muchas gracias. ¡Qué silencio! ¡Qué paz más dulce!...

JIMENA. Medio profana, medio religiosa.

FEDERICO. Por eso es más interesante y penetra más. ¿No es cierto que invita este lugar a la reflexión... aun a la confesión misma? Tiene para mí este rinconcito del compás, sobre todo a esta hora de la tarde, deliciosa poesía, evocador misterio... Cuando me hallo en él, noto que mi alma vive más... Hay horas en que me paseo por aquí, y no siento mi cuerpo... no pesa... A través de las dobles rejas de los libratorios llega hasta mí como el perfume de amores marchitos, de pasiones que se extinguieron sofocadas; suaves resplandores de llamas de amor místico, exaltado y puro... ¡Qué noble ha de ser un amor humano nacido aquí!

JIMENA. ¿Un amor?

FEDERICO. Un amor. ¡Y qué bello! Porque las cosas que nacen donde no parece que han de nacer, son más bellas que si por la naturaleza del lugar fueran esperadas. ¿Ha llorado usted esta tarde?

JIMENA. Un segundo. ¿Se me nota?

FEDERICO. Yo, sí. Hay un algo nuevo en sus ojos.

JIMENA. ¡Qué no advertirá usted!...

FEDERICO. No; pues en general soy bien distraído. Quizás a ello deba el conservar toda mi atención para cuando mejor quiero emplearla.

JIMENA. *Tratando, a pesar suyo, de desviar la conversación.* ¿Cómo lleva usted sus trabajos?

FEDERICO. Mal.

JIMENA. ¿Mal?

FEDERICO. Muy mal.

JIMENA. ¡Pero Anderson!...

FEDERICO. No lo lamente usted, porque yo, aunque usted se pasme de oírmelo, no lo lamento.

JIMENA. ¡Sí que es raro!

FEDERICO. En apariencia. Ignorando el motivo... Óigame usted, Jimena. Óigame usted sin bajar los ojos. Yo, hasta hace quince días, me aislaba en el estudio y en el trabajo como si no estuviera en este planeta. El dato nuevo e imprevisto que hallaba en mi investigación me producía un júbilo tierno e infantil a nada comparable. Si entonces hubieran llegado a decirme que ardía mi casa, no hubiera oído al mensajero. De quince días acá, la imagen de una mujer hermosa distrae mi pensamiento y se lo lleva de los papeles tras de sí. Mi vista o mi mano pueden estar materialmente en el libro que tengo delante o en las cuartillas en que escribo: mi alma está donde ella, aun cuando no sepa donde ella esté.

JIMENA. ¡Federico!...

FEDERICO. ¿Ha adivinado usted quién es esa mujer, no es así?

JIMENA. *Conmovida.* No he necesitado adivinarlo; me lo han dicho el temblor de su voz al hablarme, sus ojos, sus palabras...

FEDERICO. Sí, Jimena: deseaba ya esta confesión para descansar. Usted es quien llena mis horas, quien se ha llevado consigo mi reposo y se ha apoderado de mi fantasía, haciéndome soñar como un poeta. Han bastado nuestra primera conversación en este compás, que ya tenía un antecedente risueño; el paseo casual de noches pasadas por las calles desiertas; la excursión a Itálica juntos; el dichoso encuentro en la Catedral... y a la par de todas esas cosas, Jimena,

la belleza de usted, el no sé qué de su persona y de su espíritu.

«Tengo en el alma puesto
su gesto tan hermoso,
y aquel saber estar adonde quiera;
el recoger honesto,
el alegre reposo,
el no sé qué de no sé qué manera...»

¿Está usted llorando de nuevo?

JIMENA. Sí, Federico: estoy llorando... y tal vez por la misma causa que antes.

FEDERICO. ¿Cómo?

JIMENA. El amor que usted ahora me descubre remueve en mi corazón el dolor de mi vida, la tragedia de mi existencia errante... como hace poco los removía también, de súbito, la desconsoladora historia de amor de una muchachita, que me contó un amigo, sin sospechar que me estaba poniendo un espejo ante el alma. En aquellas lágrimas que entonces pude contener, pero cuyas huellas notó usted, sin embargo, y en estas otras que dejo correr para que usted las vea, y porque son más fuertes que mi voluntad, se ahogan para mí ya todos los amores... Soy una mujer sin ventura, Anderson... Aléjese de mí, olvídeme.

FEDERICO. ¿Qué es lo que estoy oyendo? ¡Ahora menos que nunca, Jimena! ¡Yo necesito conocer esa llaga escondida!

JIMENA. ¿Para qué?

FEDERICO. ¡Para quererla a usted mucho más!

JIMENA. No asegure usted lo que no sabe.

FEDERICO. ¡Embellece tanto la desventura!...

JIMENA. Quizás; pero esta que yo padezco ennegrece, afea.

FEDERICO. ¡No!

JIMENA. ¡Sí!

FEDERICO. Yo deseo experimentarlo. Si no cree usted a mi amor indigno del suyo...

JIMENA. Más bien temo, y me duele ya, que ese amor de usted llegue a creerme indigna de sí.

FEDERICO. ¡Imposible! Pero, sea como quiera, con sus medias palabras me está usted causando una inquietud desconsoladora. ¡No me torture usted más tiempo! Mi imaginación ha tomado un vuelo vertiginoso. *Con ansia.* Dígame usted: ¿el hombre aquel, el hombre de aquel encuentro fortuito, cuando usted se marchaba de este compás la primera vez que nos hablamos...?

JIMENA. *Interrumpiéndole.* ¡Cómo veo que es verdad lo que usted me quiere!

FEDERICO. ¿Aquel hombre... aquel hombre...?

JIMENA. ¡Aquel hombre es toda mi desventura!

FEDERICO. ¡Oh! ¡Ya sé yo por qué le odiaba desde que lo vi! ¡Antes de conocerla a usted ya le odiaba! ¡Hable usted, Jimena! Es necesario.

JIMENA. Sí; ahora sí.

FEDERICO. Hable usted.

Ella, triunfando de su repugnancia y de su dolor, refiere su drama: él la escucha con suprema ansiedad.

JIMENA. Ese hombre llegó a Madrid, y atrajo pronto hacia su persona la atención de las gentes. Su empaque simpático y su labia le abren fácilmente el camino. Antes de ahondar en su corazón, engaña a cualquiera. En Madrid se le rodeó en pocos días de una aureola de hombre nuevo, de espíritu sagaz y fino, de adalid de ideas regeneradoras. Madrid tiene, para levantar ídolos de barro, la misma prisa con que luego a veces quiere derribar los de piedra o de bronce. Con esa aureola llegó ese hombre a mi casa. Mi padre gustó siempre de acoger en ella a los jóve-

nes de talento... Era mi padre un trabajador pasivo... Soñaba con discípulos a quienes dejarles su tesoro espiritual...

«Si no vencí reyes moros
engendré quien los venciera,»

decía constantemente. Y le abrió a Florencio sus puertas y sus brazos. Yo le declaro a usted que me turbó su presencia desde el primer día: me atrajeron a la vez su persona y la audacia de su lenguaje, siempre original y pintoresco. Se mostraba entonces distinto que ahora: ahora lo niega todo; entonces lo exaltaba todo: era soñador, optimista. Respiraba el triunfo del momento y cantaba: ahora es el fracaso ya inevitable el que le hace rugir. En fin, me enamoró y le quise. *A un movimiento de Anderson.* Le quise: estoy diciendo la verdad.

FEDERICO. Siga usted.

JIMENA. Poco tiempo duró aquel amor mío, como fundado en un engaño. Al acercarme al hombre aquel, al tantear en su alma, hallé con pena un gran vacío, que él simulaba llenar con ficciones. Carecía en verdad de todo sentimiento; no sabía ni podía admirar lealmente nada; le faltaba en absoluto el sentido moral. Estaba, como tantos, por encima del mal y del bien... Le arranqué, por fin, la burda máscara del rostro, y acabé por rechazarlo con asco, con miedo, con vergüenza de haberle querido... Entonces, como estalla un incendio latente al soplo de una ráfaga fuerte de aire, estalló el único fuego real que en sí lleva: la vanidad más insensata. Tiene la vanidad de cien hombres y de cien mujeres. En su vanidad halla la defensa de sus mayores extravíos: si miente o engaña, es superioridad del ingenio; si roba, es osadía de hombre extraordinario, locura, grandeza... Mi fiero desvío, hirió en lo vivo esa vanidad mons-

truosa; y en venganza, paseó por todo Madrid una vil calumnia.

FEDERICO. ¿Eh?

JIMENA. *Con gran esfuerzo.* Decía en todas partes, que yo... que yo había sido algo más que su novia.

FEDERICO. ¡Oh!

JIMENA. ¿Por qué ha querido usted, amigo mío, que le cuente esto?

FEDERICO. ¡Siga, siga usted hasta el fin!

JIMENA. Uno de mis hermanos, Enrique, lo abofeteó una noche en el Ateneo. Surgió el desafío: hirió a mi hermano gravemente: arreció el escándalo. Sobre la mancha de cieno cayó la de sangre, y parecía que aquella herida le daba la razón a él. La calumnia era ya agua derramada en el suelo, que nunca más podía recogerse. Fué un estigma de esclava grabado con fuego en mi cuerpo. Aquella infamia nadie la creía; pero nadie dejaba de creerla tampoco. Era una villanía, en voz alta; pero en voz baja era posible. Cuando en mi propia casa observé que era así, que hasta mi madre y mis hermanos recelaban, no pude resistir ni la amargura ni el agravio, y dejándome arrebatar a un tiempo de la ira, del despecho, de la vergüenza y del dolor, huí una noche de mi casa.

FEDERICO. ¿Y su padre?

JIMENA. ¡Oh, mi padre! ¡Bendito sea él! Fué el único que creyó en mí como en Dios. Hojeando a raíz de su muerte papeles suyos, en una labor de pronto interrumpida, encontré escritas estas palabras, que por miedo a borrarlas no beso a cada instante: «Mi vida acaba aquí. Me mata el dolor de mi hija, que es el mío. Creo en ella contra todos, y maldigo a su difamador. Ni al morir le perdono.» *Llora.*

FEDERICO. *Anonadado.* Jimena... amiga de mi alma... amor mío...

JIMENA. ¿Amor suyo?... ¿Aún?

FEDERICO. ¡Ahora más que nunca!

JIMENA. No, Federico; no se engañe... Usted no sabe a qué tormento se condena... Ya lo he probado, ya lo sé... Ese hombre me persigue como sombra implacable... envenena el aire que han de respirar los que lleguen a mí... Poco después de vivir sola, se me acercó un enamorado, con amor sincero, y le vi lentamente entristecerse, alejarse, escapar... En París, otro osó decirme: «Jimena, yo conozco su historia de usted, y paso por todo.»

FEDERICO. ¡Qué horror!

JIMENA. ¡Pasaba por todo! ¡Yo no he sentido jamás tanta sangre en mi rostro, como cuando escuché aquel insulto! No lo dude usted, no... La duda germina, subsiste... el veneno se filtra en el alma... Es el agua derramada en el suelo... es el sello en las carnes... La calumnia es el poder más corrosivo con que cuenta la maldad de los hombres... Turba las más puras conciencias, oscurece los cerebros más claros... Por algo un personaje del sobrehumano dramaturgo inglés, le dice a un rey capaz de todos los crímenes: «¡Eres calumnia de las entrañas maternales!»

FEDERICO. *Atormentado.* ¡Calumnia!... ¡calumnia!...

JIMENA. ¿Por qué nos hemos encontrado hoy aquí? Déjeme ir al templo... déjeme ahora... Más que antes me hace falta rezar.

FEDERICO. No me atrevo a violentarla a usted... Vaya, vaya a la iglesia... Yo también he de pedirle a Dios toda la serenidad de mi alma, que sufre ahora la conmoción de una catástrofe.

JIMENA. Olvídeme usted... Es mi ruego: olvídeme usted... ¡Mire bien que yo entro en el templo, porque quiero apagar en una oración mi sed terrible de venganza! *Éntrase llorando por la puerta de la celosía.*

FEDERICO. *Después de verla desaparecer, abruma-*

do. ¡La primera idea que pasa por la frente es la de matar! *Pasea, meditabundo, silencioso.* Cálmate, corazón... ¿Quién llega?... No, que no me vean así. *Se esconde en el locutorio de la derecha. Simultáneamente salen por el pasadizo Pureza y Valeriano.*

PUREZA. Anda, ven acá. Vas a desirme aquí, sin nadie que nos oiga, qué es eso tan grave que te quita er sueño.

VALERIANO. Te arvierto que es muy grave, Puresa.

PUREZA. ¿Muy grave y te ríes? ¿Qué es? *Él la mira hechizado, sin responderle.* ¿Qué es?

VALERIANO. Que he notao que te están cresiendo los ojos.

PUREZA. No tiene na de particulá: será de abrirlos en la puerta pa vé cuando vienes. Hoy has venío antes, pero has tardao más.

VALERIANO. ¿Cómo es eso?

PUREZA. Por las ganas que yo tenía de que vinieras, tonto.

VALERIANO. ¡Ole! Lo mismo estoy yo: mientras más tiempo paso en tu compañía, más te echo de menos cuando me voy. Que parese que debía sé ar contrario.

PUREZA. Er cariño es un mareo: toas las cosas las baila.

VALERIANO. Pero ¡de qué manera! A mí, antes de nuestras relasiones, se me hasía de noche trabajando, y toavía desía que había luz. Er maestro me gritaba: «¡Chiquiyo, suerta eso; que ya no se ven ni los burtos!» Y ahora, como vengo a verte cuando dejo de trabajá, ha de sé mediodía y ya estoy yo mirando pa er sielo y disiendo: «Pronto se va la luz esta tarde.»

PUREZA. ¿Y er maestro te oye?

VALERIANO. ¡Vamos! Y me contesta que es que la

luz se me ha venío a mí ar compás de las Reliquias.

PUREZA. ¿Sabe que eres mi novio?

VALERIANO. ¿Y quién que hable conmigo una vez no lo sabe?

PUREZA. ¡Cuidao que nos queremos nosotros en poco tiempo! Mi madre me dise que estoy tonta. Se divierte conmigo.

VALERIANO. También er padre capeyán me ha sortao a mí una tosesita de guasa cuando entré esta tarde.

PUREZA. Porque hay que verlo, Valeriano: totá, son diez días.

VALERIANO. Yo he pensao en er caso y no tiene más que una esplicasión. Además de tu cara, que esplica trigonometría... que es lo más difisi de esplicá.

PUREZA. Y de tu simpatía, que también esplica argunas cosas.

VALERIANO. ¡Ole otra vez! Pos la rasón de este cariño tan grande de los dos está en er sitio en que nos hemos encontrao.

PUREZA. ¡Oye!

VALERIANO. Paré por medio de un convento no podía sé de otra manera. Treinta y tres monjas hay ahí que ninguna quiere a ningún hombre: to ese cariño desaprovechao, que andaba suerto por la armósfera, es er que tú me tienes a mí. Lo has respirao en el aire.

PUREZA. Pueda sé que sea.

VALERIANO. *Con acento ponderativo.* ¡Er cariño de treinta y tres mujeres juntas pa un hombre solo! ¡Cuarquiera cosa!

PUREZA. Bueno, pero esa es la esplicasión de mi cariño. ¿Y la der tuyo?

VALERIANO. Poco más o menos iguá. Como les estoy dibujando un sócalo pa un patio a los frailes de Capuchinos, y voy ar convento tos los días, ¡me har-

to ayí de respirá cariño de fraile! Y er que han desperdisiao los sesenta y seis, es pa ti solita.

PUREZA. ¿Tú has contao los frailes?

VALERIANO. No: pero he carculao que son er doble que las monjas, porque yo te quiero er doble que tú a mí.

PUREZA. Ahí tienes tú una equivocasión de que no te saco. *Del locutorio donde entró sale abstraído Anderson, y se va por la puerta de la celosía. Los muchachos se sobrecogen y guardan silencio mientras pasa.* Nosotros nos creíamos tan solos aquí y estaba ahí don Federico. ¿Qué haría en er locutorio?

VALERIANO. Va muy pensativo, ¿verdá? Ar pasá nos ha mirao sin vernos.

PUREZA. *Despues de asomarse curiosamente al locutorio.* Está enamorao.

VALERIANO. ¿Don Federico? ¿De quién?

PUREZA. De esa señorita de Madrí: de doña Jimena.

VALERIANO. ¿Quién te ha contao eso?

PUREZA. Ér mismo.

VALERIANO. ¿Y eya no lo quiere, quisás?

PUREZA. Tanto no me ha contao.

VALERIANO. Te lo pregunto porque a mí er sobrino der padre capeyán, Pepichi, me ha dicho que eya de quien está enamorá es de ese amigo suyo poeta.

PUREZA. ¿De quién? ¿De don Florensio? Tendría yo que verlo pa creerlo.

VALERIANO. Pos Pepichi sabe una historia...

PUREZA. Pepichi es un eco del otro; no te fíes.

VALERIANO. En fin, eyos ayá.

En el locutorio de frente al público, una monja descorre la cortina de la doble reja. Junto a ella está la hija del Marino, chicuela a quien las madres educan.

PUREZA. Arguna visita viene a este locutorio. Siéntate aquí muy formalito. *Se sientan en uno de los*

poyetes. Sale por el pasadizo el Marino, acompañado de la Seglarita. Viste de americana, bufanda y gorra, y es hombre tosco, recio. La Seglarita trae al brazo unos paños de altar.

La Seglarita. ¿Conque na más que dos horas en Seviya?

Marino. Dos horas na más. A las seis de la tarde nos vamos otra vez. Los marinos no debíamos fundá cariños en tierra.

La Seglarita. Verdá que no. Ahí tiene usté a su niña.

Marino. Muchas grasias, joven.

Entra en el locutorio y llega hasta la reja. Poco después se sienta. La interesante conversación del padre, la hija y la monja no se percibe; queda en el misterio del recinto. La Seglarita se acerca a los enamorados.

La Seglarita. *A Pureza.* ¿Tú sabes quién es éste?

Pureza. No.

La Seglarita. Pos éste es er padre de la educanda.

Pureza. ¡Ah!

Valeriano. ¿De qué educanda?

La Seglarita. De una niña que están educando las madres. Digo niña: casi es ya una mujé. Tiene quinse años. Y es muy bonita.

Valeriano. ¿Piensa profesá?

La Seglarita. Parese que no tiene vocasión. La trajo ar convento su madre por voluntá de la muchacha. La madre es una mujé de mala vida, y quería que la chiquiya siguiera por er mismo camino. Y la chiquiya le dijo que antes la mataban, y que se metía en un convento. Entonses a la madre la iluminó er Señó, y obedesió la voluntá de la hija. Y ya hay más de un año que está con las monjas. Sesilia se yama.

PUREZA. Mira tú qué historia de pronto.

VALERIANO. ¿Y er padre es ése?

LA SEGLARITA. Ese mismo. Está separao de la madre, como es naturá. Es marino mercante. Y siempre que su barco para en Seviya viene a visitá a la muchacha. Aunque traiga na más que er tiempo presiso como hoy. Luego las madres le permiten que le dé un beso por la puerta de regla. Si se aguarda usté una mijita, usté lo verá.

VALERIANO. Sí que me aguardaré, porque me ha gustao la novela.

LA SEGLARITA. ¡Uh! En esta casa no se acaban nunca. Aquí hubo una niña que tomó el hábito a los tres años y murió a los noventa. Disen que en oló de santidá. Y una vez que estuvo er Nunsio de visita... Pero veo que Puresa no tiene gana de escuchá cosas der convento. Voy a poné estos paños en la gaveta. *Vase por la puerta de la celosía.*

PUREZA. Es más monja que la madre vicaria. Y tú qué serio te has quedao.

VALERIANO. No te creas, que tiene su busilis mi seriedá.

PUREZA. ¿Te ha impresionao la niña der marino?

VALERIANO. Me ha impresionao er marino. *Suspirando.* ¡Ay!...

PUREZA. Escucha: ¿qué suspiro es ése?

VALERIANO. Mía tú por donde se han rodeao las cosas pa que yo venga a dá otra vez en aqueyo tan grave.

PUREZA. Pos ¿no era que me cresían los ojos?

VALERIANO. Eso no es grave; eso es bonito. Y te lo dije pa no entrá en lo grave.

PUREZA. No me asustes.

VALERIANO. Cuidao que no es ninguna cosa mala.

PUREZA. Dímela entonses. ¿A qué esperas?

VALERIANO. Vaya, te la diré.

PUREZA. No será muy buena cuando vas tan poquito a poco.

VALERIANO. Es según se mire. Verás. Ese cabayero chileno que me conosió en mi tayé, y que me ha hecho luego que lo guiara estos días por Seviya, tiene más dinero que pesa, mucha afisión a las cosas de arte y la idea de establesé en su país una gran fábrica de serámica seviyana.

PUREZA. ¡Bueno! ¡Que la establesca!

VALERIANO. Sí; pero er caso es que me ha tomao a mí mucha ley, y que quiere yevarme a Chile pa que sea yo er que dirija aqueyo.

PUREZA. ¿Adónde te quiere yevá?

VALERIANO. A Chile.

PUREZA. ¿Y en dónde está Chile?

VALERIANO. En América.

PUREZA. Pos le dises tú que se vaya solo.

VALERIANO. Eso se contesta muy fasi; pero es que me ofrese un capitá. ¡La fortuna!

PUREZA. ¡Pos que se la dé a otro que no tenga la novia en Seviya!

VALERIANO. ¡Lo que yo no ganaré aquí en sincuenta años!...

PUREZA. Mira, Valeriano, no me hables más de eso. ¿A ti te resurta una proposisión así a los diez días de relasiones?

VALERIANO. ¿Qué ha de resurtarme, mujé? ¿No me ves preocupao? Y si no mirara que es la fortuna... que es er porvení...

PUREZA. Er porvení tuyo está en tu tierra.

VALERIANO. ¿Tú qué entiendes?

PUREZA. Entiendo más que tú. ¡Que vengan los forasteros aquí a comprarte las cosas! ¿No eres tú seviyano? ¡Pos en Seviya! ¿Te farta pa comé en Seviya?

VALERIANO. No sólo de pan vive el hombre.

PUREZA. ¡Que no me hables más de eso, Valeria-

no! Tú no te vas a América. ¿Lo sabe tu madre?

VALERIANO. Sí.

PUREZA. ¿Y qué dise? ¿A que no te deja tampoco? ¿Qué dise tu madre?

VALERIANO. Que no le hable de eso; como tú.

PUREZA. ¿Estás viendo?

VALERIANO. Pero yo tengo que hablá con eya y contigo.

PUREZA. Conmigo, no.

VALERIANO. Contigo, sí, Puresa. Y mucho.

PUREZA. No te oigo. ¿Eso es lo que me quieres?

VALERIANO. Eso es lo que te quiero.

PUREZA. ¿Que me quieres, y quieres irte lejos de mí? ¡Vamos!

VALERIANO. Escucha.

PUREZA. No escucho. Habla con una siya.

VALERIANO. ¡Valiente geniesito!

PUREZA. Pa que te vayas enterando. Las yerbas malas, cortarlas de raíz. *Se va decidida por la derecha.*

VALERIANO. ¡Pero, chiquiya!... Na; se ha vuerto loca. Se ha arborotao más que mi madre. ¡Y yo yevo tres noches sin dormí dándole vuertas al asunto!...

Por el pasadizo aparecen Pizarra y Pepichi. Pizarra trae una tabla cubierta con un paño. Pepichi olfatea los locutorios y la vivienda de la Seglarita como buscando a alguien. En su persona se observa algún detalle copiado a Florencio.

PIZARRA. ¿Qué es eso, Valeriano? ¿Te ha resurtao selosita?

VALERIANO. No.

PIZARRA. Pos cara de eso yeva.

VALERIANO. Pos no.

PIZARRA. Me alegro por ti. Habías hecho tu suerte. Yo, como soy una vírtima der mayor monstruo...

VALERIANO. ¿Sí, eh?

Pizarra. ¡Mi mujé me huele hasta los biyetes der tranvía!

Valeriano. ¡Ja, ja, ja! ¿Con qué ojeto?

Pizarra. ¡Si lo supiera yo!... ¡Y a lo mejó me da unos sustos!... Estamos comiendo, es un poné, hablando de las cosas corrientes, der temple de la sopa; y de pronto me clava los ojos y me grita: ¡Catalina! A vé si por casualidá se yama Catalina con la que supone que la engaño, y me desconsierto. La ha tomao por ahí, y no hay fideos tranquilos en mi casa.

Valeriano. ¡Ja, ja, ja!

Pepichi. Las mujeres zon animales de ideas cortas y de cabeyos largos.

Valeriano. ¿Ah, sí?

Pepichi. Lo dijo un gran filózofo.

Valeriano. ¿Y no dijo na de los ojos ni de la boca? Pos se le fué er talento aquer día. Hasta luego, señores. *Vase en busca de su tormento.*

Pizarra. Anda con Dios. Es simpático er chiquiyo este. Y artista, artista. Tiene el ange de los artistas.

Pepichi. Hombre, ¿artista porque hace cazuelas?

Pizarra. Argo más que casuelas hase. ¿Y tú qué estás oliendo por tos los rincones? ¡Paeses er gato de una freiduría!

Pepichi. Rastreo precizamente unas fardas.

Pizarra. ¿Unas fardas aquí? Pocas hay.

Pepichi. Ez un encarguito der maestro, que está arriba, en mi cuarto.

Pizarra. Er maestro, como tú le dises, me paese a mí que abusa der disípulo. Er día menos pensao te va a dá una maleta pa que se la yeves a la estasión.

Pepichi. Zi en la maleta va proza zuya, a mucha honra.

Pizarra. Te vec con la maleta entonses. Pero oye, ¿a quién persigue aquí ese... maestro?

Pepichi. A una madrileña guapízima que zuele

vení a vizitá a una parienta monja. Hace tiempo que la perdió de vista, y aquí la ha tropezao. A mí me ha dicho que es la mujé que ha roto zu vida.

PIZARRA. ¿Y ahora quié vé si se la compone?

PEPICHI. Zin broma, que por poco ze zuicida por eya, y le ha costao tres duelos. Y está temiendo er cuarto.

PIZARRA. ¿Sí?

PEPICHI. Zí. Porque zospecha que a don Federico le gusta la dama. Y no paza por eyo.

PIZARRA. ¡Ah! ¡Entonses ya sé yo la que es! Una rubia que paese una playa, de clara y de fresca.

PEPICHI. La misma. Y er maestro es grande en zus zelos, como es grande en todo. ¿Usté ze zonríe?

PIZARRA. Sí, hijo, sí. Dios te conserve la inosensia. ¿Quiés tú sabé lo que yo opino der maestro? ¡Maestro de no sé qué!

PEPICHI. Zerá curiozo.

PIZARRA. A tu tío acabo de desírselo. Er maestro es uno de estos hombres que tienen en tos laos un mes primero muy briyante, ¿te enteras tú? Ar segundo mes ya no lo soportan más que dos o tres tontos, ¿tú me comprendes? ¡Y ar terser mes no lo aguanta ni er peluquero! Ar tiempo, niño. Por eso no paran nunca en ninguna parte. En cuanto los calan, se van.

PEPICHI. No esperaba menos de zu discurzo. Es verdaderamente lamentable que haya que yamarle cabeza indistintamente a esto mío y a ezo que usté yeva zobre los hombros.

PIZARRA. ¡Las cosas!

Vuelve la Seglarita por donde se marchó.

PEPICHI. A propózito, Zeglarita.

LA SEGLARITA. ¿Qué quieres?

PEPICHI. ¿Haz entrao por cazualidá en la iglezia?

LA SEGLARITA. Sí, un istante.

PEPICHI. ¿Quién hay ayí?

LA SEGLARITA. Mersedes y Juana argofifando, y Petrolero limpiando el artá de la Virgen.

PEPICHI. ¿Nadie más?

LA SEGLARITA. · Nadie más. ¡Ah, sí! En una capiya está la señorita madrileña.

PEPICHI. Bazta.

PIZARRA. ¿Y a don Federico, lo has visto?

LA SEGLARITA. No; pero me figuro que está en su cuarto.

PIZARRA. Pos vamos ayá.

PEPICHI. ¿A vé zi ze traga la tablita?

PIZARRA. *Despreciándolo.* Quéate con Dios, «corruco».

PEPICHI. *Saltando, molesto.* ¡Caray qué graciozo! ¡El ingenio andaluz! ¿Cuándo ze le ocurre a usté otra coza distinta? ¿Hasta cuándo me va usté a está yamando «corruco»?

PIZARRA. Hasta que los «corrucos» se enteren y se enfaden conmigo.

PEPICHI. ¡Pos no me río tampoco! Er día que me diga usté un gorpe que me haga gracia lo convido a «champán».

PIZARRA. ¿A qué?

PEPICHI. A «champán», que es lo que beboahora.

PIZARRA. ¡Hombre, y yo!

PEPICHI. ¿Usté?

PIZARRA. Yo. Toas las noches me tomo un vaso de vino de la hoja con una cucharaíta de marnesia, y ríete tú der coló y de la espuma.

PEPICHI. ¡Bah! ¿Lo ha dicho usté por gracia? ¡Pos zigo tan zerio!

PIZARRA. Ahora te voy a hasé cosquiyas. Ese vino y otros que tú bebes con tu maestro salen de España, van a Francia o a Ingalaterra, ayí les echan la marnesia que yo tomo, vuerven aquí bautisaos con er

nombre estranjero... ¡y tú pagas los dos viajes, grandísimo primo! ¡Y así pasa con muchas cosas! *Haciendo aspavientos.* ¡Pero vienen de fuera!... ¡Mar fin tenga el hato de cursis que hay en este país! *Éntrase por la celosía.*

PEPICHI. *Muy nervioso.* ¿Le contesto?

LA SEGLARITA. No; no le contestes.

PEPICHI. Pos no le contesto. *Se va por la derecha.*

La Seglarita se detiene un instante, prestando oído hacia el convento.

LA SEGLARITA. ¿A vé?... Sí. Ya está la madre Esclavitú cantándoles a las novisias. Tiene una voz der sielo. *Éntrase en su casa.*

Las cortinas de las rejas del locutorio en que está el Marino vuelven a correrse. El Marino sale, y se dirige a la puerta reglar, donde aguarda un punto. Ábrese luego una de sus hojas, y aparecen tras ella las dos figuras del locutorio: la monja y la hija del Marino. En el mismo umbral se besan y abrazan, en silencio, hija y padre. Ciérrase la puerta después, y el Marino se va por el pasadizo de la derecha, secándose con la mano los ojos. Por la celosía salen entonces Federico y Pizarra.

PIZARRA. Dispénseme usté, don Federico, si lo he sacao de sus cavilasiones.

FEDERICO. No hay de qué, Pizarra. Ya dejaba el trabajo; ya me iba.

PIZARRA. ¿De verdá?

FEDERICO. Sí, sí. Estoy muy distraído; me duele la cabeza un poco...

PIZARRA. Eso es lo peó. Yo tenía interés en que usté viera er cuadro...

FEDERICO. Y yo en verlo. Y para mí es Murillo; pero yo no soy gran inteligente.

PIZARRA. Mire usté, hasta ahora tos los que lo han

visto opinan que es Muriyo, menos ese amigote nuevo der sobrino der capeyán.

FEDERICO. ¡Oh! Entonces ya se puede apostar que es Murillo.

PIZARRA. Sí, porque es un tipo que no hase más que yevá la contra. ¿Usté no lo jama tampoco? *Calla, a un gesto de desabrimiento de Anderson. Silencio.* Bueno, pos si no me nesesita, don Federico...

FEDERICO. ¿Está ahí ese hombre?

PIZARRA. Ahí está.

FEDERICO. ¿Vive en el compás, por acaso?

PIZARRA. Poco le farta. Se ha metío en un borsiyo a Pepichi, y son uña y carne. Y Pepichi acabará por limpiarle las botas. ¿Qué más quiere usté? ¡Ahora mismo lo ha mandao aquí, a vé si andaba en argún locutorio una mujé que le interesa!... No sé qué cuento me ha contao.

FEDERICO. Calle. Déjeme.

PIZARRA. Usté disimule.

FEDERICO. Adiós.

Queda abstraído. Pizarra se encamina hacia el pasadizo, observándolo con interés. Antes de marcharse mira a la derecha, y exclama:

PIZARRA. ¡Siempre ha de habé por medio un animalito de pelos largos! *Se va.*

FEDERICO. *Sacudiendo su espíritu al hallarse solo.* ¡Ella tiene razón! ¡El veneno se filtra en el alma, se esparce en la sangre!... ¡Así no podré yo vivir! *Pasea.*

Sale por la derecha Florencio.

FLORENCIO. ¿Qué iba murmurando Pizarra?

Se ven a un tiempo el y Federico y se detienen frente a frente.

FEDERICO. ¡Oh!

FLORENCIO. ¡Oh! Señor Anderson...

FEDERICO. Señor de Misael...

FLORENCIO. *Desconcertado.* ¡Qué dichosa casualidad!

FEDERICO. ¿Cuál, señor mío?

FLORENCIO. Encontrarle aquí.

FEDERICO. No es mucho, cuando sabe que trabajo ahí dentro. Más extraño es verle a usted por este rincón.

FLORENCIO. Sí, no hay duda. Me agrada, sin embargo, siempre que vengo aquí, espaciar mi alma en la soledad, y ningún sitio más propicio a ella que este rincón tranquilo. No creí hallar a nadie ahora.

FEDERICO. Pues estaba yo.

FLORENCIO. Ya lo veo.

FEDERICO. ¿Le contraría a usted haberme encontrado?

FLORENCIO. En modo alguno.

FEDERICO. ¿Venía usted, efectivamente, buscando soledad a este sitio?

FLORENCIO. Ya se lo he dicho a usted.

FEDERICO. ¿Y no le estorbo, entonces?

FLORENCIO. No me era tan indispensable la soledad. Además, señor Anderson, tiempo hay para todo. Y yo siempre converso con usted con muchísimo gusto... Por lo mismo que diferimos grandemente... Mi espíritu ama la controversia: soy un inadaptado. Pero ahoro reflexiono: ¿no seré yo quien le estorbe a usted?

FEDERICO. Eso... usted lo verá.

Se miran con encono; se hablan con saña reconcentrada, que ambos procuran disimular, cada cual a su estilo.

FLORENCIO. ¡Bravísima respuesta!... ¡Bien, hombre, bien! ¡Qué sugerente y qué curiosa es su estancia de usted, señor Anderson, en esta luminosa Sevilla!... Los sevillanos acabarán por nombrarle a usted «el caballero enamorado de España».

FEDERICO. No digo que no. Soy las dos cosas: enamorado de España... y caballero. Y si no se le hubiera ocurrido a usted, lo adoptaría ya por sobrenombre.

FLORENCIO. ¿Si no se me hubiera ocurrido a mí? ¿Le ofende que así sea?

FEDERICO. En cosa para mí tan santa, rechazo todo indicio de burla.

FLORENCIO. No ha habido burla en mis palabras, señor Anderson.

FEDERICO. Aunque usted lo niegue, ha pretendido haberla, señor de Misael. Y yo hablo muy sinceramente. Estoy enamorado de España, es verdad. Admiro su pasado grandioso, y creo en el porvenir de esta raza noble, seria, hidalga, idealista...

FLORENCIO. ¡Caramba, caballero Anderson! ¡Qué entusiasmo! ¡En verdad que deploro, quizás por primera vez en mi vida, la falta en mi menguado corazón de esa fibra del amor patrio! Y lo deploro, porque si en él la hubiese, ahora mismo me habría enorgullecido de sus palabras. Pero, nada, es inútil: buceo y más buceo en este pedazo de carne, lo oprimo, lo estrujo... y no salta la gota de sangre de ese rojo de la bandera. No siento la tierra nativa. Jamás me ha conmovido el campanario de mi pueblo cuando he tenido la desgracia de volver a él. En cuanto a usted, casi estoy por aconsejarle que adopte otro mote.

FEDERICO. ¿Cuál, señor mío?

FLORENCIO. Se cae de su peso: «El patriota de la patria ajena». Lo que es usted, en suma.

FEDERICO. ¿Usted qué sabe lo que yo soy?

FLORENCIO. ¿Y usted, sabe lo que soy yo?

FEDERICO. A no haberlo sabido antes, lo sabría desde ahora. Lo que ha dicho usted del sentimiento de la patria no puede ser más elocuente: pinta de

cuerpo entero a un hombre. Por lo que toca a mi patriotismo he de decirle, aun a riesgo de que no me comprenda usted, que es la primera virtud de mi alma.

FLORENCIO. ¡Ya se conoce!

FEDERICO. La tierra en que nací es mi patria; es mi madre, y como tal la quiero. Esta otra tierra, que me cautivó con sus gracias y con sus virtudes, es mi amada, y como tal la canto. ¿Aprecia usted la diferencia? Aquélla meció mi cuna, guió mis pasos y engendró mi espíritu: mi vida es suya, si la quiere. Esta me enamora como la mujer predilecta, y de ella hablo a todos, como hablan los enamorados de su amor. Yo no sé si usted podrá entenderme, porque ignoro si estrujando ese pedazo de carne que dice que lleva en el pecho, saltarán de él las gotas de sangre de tales sentimientos nacidas; pero quien tenga madre que adorar, como yo, y sea capaz de enamorarse de una mujer, como yo, ¡ése me entenderá de seguro!

FLORENCIO. Y cualquiera, señor don Federico; no se excite usted demasiado. Esas «boutades» las entiende un chico de la escuela: responden a órdenes de la sensibilidad rudimentarios, primitivos... Tan primitivos que acaso nuestro padre Adán ya escribiese de ellos en la corteza de los árboles del Paraíso. ¡Estamos tan distantes usted y yo en el ideal de la patria... y en todas las cosas!... ¡La Madre! ¡la Madre! ¡Magna idea! ¡Yo la pronuncio con letra mayúscula!

FEDERICO. Yo la siento.

FLORENCIO. Sueño en mis delirios de redención de este rebaño que fòrman hombres y mujeres, sueño una Humanidad ideal, Madre toda ella. ¡Pero veo tan lejana la realización de este sueño mío!

FEDERICO. Señor de Misael, eso que usted llama su sueño, no pasa de ser una fórmula vana... una

nube engañosa que dora el sol... Una cosa es la patria y otra el amor entre todos los hijos de la tierra: un amor cristiano que junte en el nombre de Dios las razas más diversas... los pueblos más distantes... ¿Pero qué tiene que ver eso con la patria de cada cual? En nombre de la Humanidad, aunque le ponga usted letra mayúscula, no es lícito dejar de ser patriota. Esa cantinela de usted es simplemente una emanación del egoísmo para eludir los deberes y responsabilidades que nos trae consigo la patria.

FLORENCIO. ¡Bah, bah! ¡Responsabilidades! ¡Deberes!... Los aceptaría todos, cuando hubiese nacido en esto que se llama patria, por mi voluntad... Pero esta discusión nos llevaría muy lejos... He perdido en un segundo el humor de enfrascarme en ella. Además, le pongo a usted nervioso; está visto... ¡Ja, ja, ja! No vale la pena de tomarlo así, créamelo... La esfera del pensamiento es infinita, como lo es la de las pasiones... Cabemos todos holgadamente. Dejo a usted. Me voy un rato al templo. Dios le guarde.

Anderson se subleva. Cuando Florencio va a trasponer ya la celosía, como si quisiera impedir que entrara en la iglesia, le grita:

FEDERICO. ¡Un momento!

FLORENCIO. ¿Eh?

FEDERICO. Un momento. Quisiera hacerle una pregunta.

FLORENCIO. Usted dirá.

FEDERICO. En la revista «Atlante», de Nueva York, vienen publicándose unos artículos antiespañoles...

FLORENCIO. Son míos. ¿Era eso?

FEDERICO. Eso era. He tomado más de una vez la pluma para combatirlos acerbamente en un periódico sevillano, y quería saber...

FLORENCIO. Pues ya lo sabe. Si ahora que conoce al autor se siente usted más decidido a la protesta,

moje su pluma en hiel y escriba, que me dará un placer inefable, señor Anderson. Ya le dije que amo la controversia.

FEDERICO. Yo, no; pero cuando hace falta, la busco; la provoco, si es menester.

FLORENCIO. ¡Pues nada, a ello! ¡Vengan ya tajos y mandobles sobre mis costillas antiespañolas! ¡Así escribiré veinte artículos si había de escribir diez! ¡Me los paga muy bien la revista! Y eso que habrá usted advertido que están escritos al correr de la pluma; sin pensar siquiera; descubriendo Mediterráneos. No he hecho más que escuchar la voz universal que corre sobre este desdichado país, y recogerla en las cuartillas. Cabría decir que son artículos escritos al dictado.

FEDERICO. Al dictado de la calumnia.

FLORENCIO. ¿De la calumnia?

FEDERICO. ¿No se llama así? Pues ¿cómo se llama en castellano lo que se propala por verdad sabiendo que es mentira?

FLORENCIO. ¿A qué mentiras se refiere usted?

FEDERICO. ¡A muchas! ¡A todo el contenido de sus artículos!

FLORENCIO. ¡No basta decirlo: hay que probarlo!

FEDERICO. ¡Probado está! Si no lo sabe usted, apréndalo antes de escribir. Desde Quevedo acá van tres siglos de pruebas. Habla usted de la crueldad de los conquistadores españoles en las Indias, cuando ya la verdad histórica ha desmentido rotundamente esa crueldad. ¡La legislación española en las Indias la quisieran hoy para su honra los pueblos más cultos! Habla usted de que el fanatismo religioso aherrojó el arte en su país, y si me enseña usted arte más libre que el de Lope y Tirso, doblemente libre por ser teatro, yo me dejo cortar esta mano con que voy a contestarle a usted. Habla usted de que no existió la

ciencia española, de que la cultura universal nada le debe a España, y se calla pérfidamente que en muchas Universidades del mundo enseñaban maestros españoles. Habla usted de que en las hogueras de la Inquisición morían los pensadores y los sabios, y yo le desafío a que me cite un solo nombre que haga verdad esa negra leyenda. ¡Y de todo ello habla usted a vuela pluma, yo no sé si con inconsciencia o con maldad, porque se lo paga bien una revista del extranjero!... ¡No hay duda: es usted un gran hombre!

FLORENCIO. Se expresa usted ahora en un lenguaje, que no estoy dispuesto...

FEDERICO. Pero ¿no me ha oído usted comparar el amor que me inspira España con el amor que pudiera inspirarme una mujer? ¡Pues imagine, si una mujer me cautivara y alguien la calumniase, cómo le hablaría al difamador!

FLORENCIO. ¡Basta, señor Anderson: a las cuartillas con todo eso! ¡Vuelque usted en ellas todo ese rencor que me tiene, toda esa antipatía, todo ese odio, cuyo móvil, hasta este instante mejor disimulado, ha descubierto ya! ¡Yo sabré contestarle!

FEDERICO. ¡Confíe usted en que le ofreceré materia! ¡En el concepto de la patria caben apreciaciones y distingos; pero la verdad y la mentira son dos palabras transparentes! *Le vuelve la espalda y se va resueltamente por el pasadizo.*

FLORENCIO. ¡Mentecato! *Lo mira ir apretando los puños. Corre luego hacia la celosía. Al llegar a ella siente a Jimena que se acerca, y se recata en un rincón acechando su paso. Sale entonces Jimena en dirección al pasadizo, y el se le interpone exclamando con júbilo:* ¡Ah! ¡Jimena!

JIMENA. *Espantada.* ¡Oh! *Huye de el.*

FLORENCIO. ¡No huyas!

JIMENA. ¿Qué es esto? ¿No he de huir?

FLORENCIO. ¡No huyas! ¡Te seguiré!

JIMENA. ¡Llamaré, entonces! ¡Quítate!

FLORENCIO. *Cerrándole el paso por la derecha.* ¡Nc por aquí tampoco! ¡Has de oírme!

JIMENA. ¡Jamás!

FLORENCIO. ¡Aquí, o ahí dentro, o ante los alta res, o en los infiernos, has de oírme!

JIMENA. ¡Cobarde! ¡Llamaré, gritaré!

FLORENCIO. ¡Peor para ti, si gritas!

JIMENA. ¡Cobarde!

FLORENCIO. ¡Sabes que no lo soy! Y he hecho cc rrer que estaba fuera de Sevilla para que te confi ras, y sorprenderte.

JIMENA. ¡Una nueva hazaña! ¿Quieres que te od y que te desprecie más todavía?

FLORENCIO. ¡Quiero enterrar tu desprecio y t odio!

JIMENA. ¡Tendrías que enterrarme a mí! ¡Paso!

FLORENCIO. ¡No!

JIMENA. ¡Paso!

FLORENCIO. ¡Te juro que no! ¡Si tu odio no se e tingue, Jimena, mi amor tampoco!

JIMENA. ¿A qué llamas amor, hombre maldit ¡Tu maldad es la que no se acaba! ¡Calumniador! ¡I fame!

FLORENCIO. ¡Te calumnié para hacerte imposib otro amor que el mío!

JIMENA. ¡Eso es una farsa ruin!

FLORENCIO. ¡Esa es la verdad de mi alma!

JIMENA. ¡La verdad y tu alma no pueden viv juntas!

FLORENCIO. ¡Mis hechos te prueban que no mie to! ¡Te he seguido siempre! ¡Dondequiera que ha p dido nacerte un nuevo amor, he estado yo para ir pedirlo!

JIMENA. ¡Por despecho villano, por rencor, por la rabia que te dió mi desprecio!

FLORENCIO. ¡Tu desprecio era tan injusto, que encendió mi amor hasta enloquecerme!

JIMENA. ¡Mentira!

FLORENCIO. ¡No es mentira: loco estoy por ti!

JIMENA. ¡Mentira! ¿Ni qué me importa nada tuyo?

FLORENCIO. ¡Quiéreme; perdóname! ¿Ni el perdón merezco de tu alma cristiana?

JIMENA. ¡La salvación de ella habían de ofrecerme por él, y no te lo daría! *Tratando nuevamente de huir.* ¡Paso!

FLORENCIO. ¡Es inútil! ¡De aquí no te vas sin que yo oiga de ti una palabra de piedad, de esperanza!

JIMENA. ¡Pues esa, ni mintiendo para que me dejes escapar, la pronuncio! ¡Prefiero este suplicio de oírte y de verte!

FLORENCIO. ¡Ah! ¡Pues tú me has de querer! ¿Qué remedio, si mataré el amor de todos los que a ti se acerquen?

JIMENA. ¿Y por eso te he de querer a ti, necio? Pero ¿qué ideas monstruosas engendra en tu cerebro la vanidad? ¡Quererte yo!

FLORENCIO. ¡Como me quisiste!

JIMENA. ¡Engañada!

FLORENCIO. ¡Pero me quisiste!

JIMENA. ¡Para maldecir ya eternamente la hora en que te vi! ¡Desiste de lo que pretendas! ¡Vete!

FLORENCIO. ¡No pretendo sino salvar mi amor y salvarte con él!

JIMENA. Pero ¿qué quieres, insensato? ¿Qué quieres? ¿Que yo misma haga verdad tu calumnia? ¿Que el mundo piense alguna vez, con razón, viéndome unida a ti, que aquello fué cierto? ¿que tu infamia no era infamia, sino verdad? ¿que tu boca y la mía estuvieron juntas? ¡Oh! ¡Qué asco! ¡Quita, quita: déja-

me! ¡No quiero verte más! ¡Déjame salir! ¡Mira que aun no sabes qué mujer soy!

FLORENCIO. ¡Porque lo sé te quiero hacer mía!

JIMENA. ¡Qué espanto!

FLORENCIO. ¡Me fascina en ti cuanto hay en tu corazón y en tu alma que no hallo en los míos! ¡Tú puedes hacer de un náufrago de la vida, un hombre! ¡Ten piedad!

JIMENA. ¡No quiero!

FLORENCIO. ¡Tú desconoces hasta qué punto este monstruo de vanidad, como me llamas, pasa la vida despreciándose! ¡Camino a tientas, sin hallar nunca luz, ni siquiera muros en que apoyar las manos!... ¡Tú serías mi patria y mi fe! ¡Mi reposo en la vida! ¡Ahora te estoy abriendo mi corazón!

JIMENA. ¡Miedo me daría asomarme a él!

FLORENCIO. ¡Sálvame, Jimena! ¡Sólo tú me puedes salvar!

JIMENA. ¡Pues de mí no lo esperes!

FLORENCIO. ¡Es que sin ti voy a morirme!

JIMENA. ¡Es que yo no quiero morirme contigo!

FLORENCIO. ¡Ahora eres tú más mala que yo!

JIMENA. ¡Pues también esta maldad es obra tuya!

FLORENCIO. ¡Qué! ¿Viene gente?

JIMENA. ¡Sí! ¡A Dios gracias! *Sollozando.* ¡Ay de mí!...

FLORENCIO. Serénate.

Silencio. Se apartan. Por el pasadizo vienen don Augusto, a quien ya conocemos, Isidra, la muchachita dolorida que va a ingresar en la comunidad, y doña Asunción, amiga respetable que la acompaña en trance tan solemne. Ambas traen velo. Isidra es bella y delicada. Llegan los tres hasta el centro de la escena, callados, sombríos... A los labios de Isidra asoma tal vez una leve sonrisa melancólica. Pureza sigue a discreta distancia al grupo, y a ella Valeriano, tambien

a distancia. Aun dura entre los novios el pasado disgusto. La Seglarita, como llamada a toque de esquila, asoma a su puerta y es toda ojos.

Florencio, contrariado, se marcha al fin por el pasadizo, anhelando en vano que Jimena lo mire. La atención de esta se ha reconcentrado de súbito en la interesante figura de Isidra. Rompe el triste silencio, diciendo como para sí:

JIMENA. ¡La niña calumniada!

ISIDRA. *Con voz débil.* Ya estamos aquí. He de yamar tres veses.

Llevándose tras de sí las miradas de todos, se acerca a la puerta de regla y llama tres veces. Híncase luego de rodillas y aguarda como en oración. La puerta se abre pausadamente a poco de par en par, descubriendo una sencilla estancia del convento, en la cual aparecen todas las monjas, tapados los rostros con los blancos velos, y dispuestas a recibir con la alegría más pura a la nueva hermana. La Abadesa, que está ante todas, sin trasponer el umbral, se dirige a la postulante.

ABADESA. Bien venida, hermanita. Despídase su caridad de las personas que aquí la han traído, y entre a gozar de la paz bendita de esta casa, donde Nuestro Señor la espera.

Isidra se levanta. Sonriendo entonces, como si la visión celeste de las monjas le hubiese dado en un instante a su abatido corazón una tierna y poética conformidad, va a abrazarse a doña Asunción, que no puede reprimir el llanto: un llanto callado y tranquilo.

ISIDRA. ¡Vamos! ¿Qué es esto, doña Asunsión? ¿Lagrimitas ahora? ¿No quedamos en que iba usté a ser fuerte?

DOÑA ASUNCIÓN. *Recobrándose y besándola luego.* Sí. Ya pasó. Discúlpame. Adiós, hija.

ISIDRA. Adiós. *A don Augusto.* Adiós, padrino.

DON AUGUSTO. Adiós, nena. *La besa y la abraza también.*

Isidra, cuando de nuevo se encamina a la puerta de regla para encerrarse en el convento, quizás eternamente, encuentra unos ojos que la miran con dolorosa angustia, y unos brazos que parece como si quisieran abrirse para recibirla: son los de Jimena. Misteriosamente atraída por ella, se deja abrazar y besar. Jimena le dice:

JIMENA. Que sea usted dichosa, niña.

ISIDRA. Espero serlo más que en el mundo.

Entra al fin en la santa casa. La Abadesa y las demás madres la acogen en silencio, abrazándola blandamente. Mientras tanto, la puerta se cierra. Don Augusto, advirtiendo la tribulación de la madrina, la aleja de allí con palabras de afecto.

DON AUGUSTO. Ea, venga usted, venga usted... Aun acaso tenga remedio... Venga usted... *Se va con doña Asunción por el pasadizo.*

La Seglarita se retira a su casa como una sombra. Pureza, con imperioso arranque de amor, corre a Valeriano.

PUREZA. ¡Perdóname tú lo de antes; pero no te vayas nunca de mi lao!

VALERIANO. ¡Ni tú der mío! *Se cogen de las manos como si quisieran encadenarse para siempre.*

Jimena, ensimismada, creyéndose sola, agita airosamente la gallarda cabeza, llena en tal punto de los pensamientos más siniestros, y exclama con bella rebeldía:

JIMENA. ¡Oh, no! ¡Esto nunca! ¡Esto no! ¡Dame fuerzas, Dios mío, para luchar en la vida con todas las pasiones!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Habitación del convento de las Reliquias en que trabaja Federico Anderson. Puerta a la derecha del actor y ventana con reja al foro, que da a un patinillo. Una mesa, un sillón y dos sillas, y un brasero sobre un ruedo de pleita. En la pared de la izquierda, una cruz de palo. Colgados en esta pared y en las otras, sin ningún orden ni simetría, varios cuadros al óleo de mediana pintura y asunto religioso, en los que las madres imaginan acaso poseer joyas de Murillo y de Valdés Leal.
Ha pasado un mes. Cae la tarde.

Sale Jimena con Pureza. Jimena, disimulando secreta inquietud; Pureza, velado el risueño semblante por una nube triste.

JIMENA. No; no está.

PUREZA. ¿Ve usté como no está? Aunque una no ande siempre ar cuidao, no es don Federico ninguna sombra pa que se entre por er compás sin que nadie lo vea.

JIMENA. Sí; pero esta tarde pudo entrar aquí por el templo.

PUREZA. Si yo he venío también dos o tres veses a darle una vuertesita a la copa... Sólo que cuando er padre Domingo se empeña en argo... ¡Hoy está más nervioso!...

JIMENA. A mí don Federico me dijo que iba a pasar más de medio día fuera de Sevilla. Sin embargo, a estas horas ya, es un poco raro que no haya vuelto. ¿Qué hora es?

PUREZA. Las sinco. Ahora se van los días en un

soplo. ¡Dichoso noviembre!... Es er mes más triste del año. ¡Ay!... Echaremos una firmita. *Mueve el brasero.* Hoy no ha calentao más que a las pinturas.

JIMENA. Templa muy bien la habitación.

PUREZA. Como es tan chiquitita... ¿Usté viene a vé la toma de hábito?

JIMENA. No. Sí. Es ceremonia que no he visto nunca, y la Seglarita quedó en advertirme cuando la hubiese. Esta mañana me mandó aviso con Chinela.

PUREZA. Sí; con er monasiyo. La muchacha que hoy toma el hábito es de Sanluca, hija de un comandante... Y usté no quiera sabé cómo está er comandante... Se le ahoga con un pelo. Ayé de mañana yoraba con nosotras. Porque es hija única. Pero dichosa eya.

JIMENA. ¿Quién?

PUREZA. Eya; la que va a sé esposa der Señó.

JIMENA. ¿Y usted la envidia? Eso es nuevo.

PUREZA. Señorita, hábleme usté de tú. Ya sabe usté que se lo he dicho.

JIMENA. ¿Y tú la envidias?

PUREZA. No; no señora, no la envidio. Digo, sí la envidio. Le envidio que tiene un novio que no le da dijustos.

JIMENA. Ah, ya. ¿Y qué disgustos te da a ti Valeriano, si no vive más que para ti?

PUREZA. ¿Le paese a usté poco? ¡Mañana toma er tren pa Cádiz... y pasao mañana er barco pa Chile! Se le puso en la cabesa y lo consiguió. ¡No quiero ni pensarlo! ¡Miste que le he ensendío yo velas a la Virgen pa que esto no suseda!

JIMENA. Pues cuando la Virgen lo consiente, será por el bien de los dos.

PUREZA. Será... pero yo no tengo er talento de la Virgen pa comprenderlo así.

JIMENA. ¿Qué tiempo lleváis ya de novios?

PUREZA. ¡Casi na! Un suspiro, como aquer que dise. Hora más, hora menos, er tiempo que yevan usté y don Federico.

JIMENA. ¡Muchacha!

PUREZA. ¿Cree usté que no lo sé? Er mismo día que Valeriano me dió a mí a comprendé que yo le gustaba, me habló de usté don Federico de una manera que no había más que oírlo pa presumí lo que ha pasao. Cuando los hombres la quieren a una de verdá, hasta er coló se les pone distinto al hablá de una.

Llega de improviso la Seglarita, sorprendiendo a ambas.

JIMENA. ¿Eh?

PUREZA. ¿Quién? Ah, que eres tú. Hija, no se te siente: paese que pisas argodón en rama.

La Seglarita, dulcemente excitada por el suceso del día en el convento, se dirige a Jimena.

LA SEGLARITA. Me ha dicho Chinela que ya tiene usté reservá su siyita en el artá mayó. Y luego se la pondrá junto ar coro pa que vea usté toda la seremonia como Dios manda.

JIMENA. Muchas gracias, mujer.

LA SEGLARITA. Ya ha yegao er prelado. La muchacha está divina con er traje de novia. ¡Tiene unos ojos negros más presiosos! Se le ven más con lo blanco der vestido y der velo. ¡Y trae una de flores!...

PUREZA. La fiesta parese una boda.

LA SEGLARITA. Y lo es: una boda con Nuestro Señó. Le gustará a usté mucho. Primero er prelado, en el artá mayó, le echa una plática muy bonita. Y eya entonses hase la profesión de fe. Y luego er prelado le dise: «Ya no te yamas como te yamabas en er mundo, Carmen Rodríguez Pérez—es un poné—sino que te yamarás sor Ana María de los Dolores.» Y en una batea de plata le traen el hábito. Y después le

quitan las flores, y er manto, y las alhajas, y le cortan er pelo; y cuando ya vestida de monja entra por er coro, la van abrasando las madres una por una. Y mientras se escucha una música y se oyen unos cánticos religiosos que paresen voses de la gloria. Da mucha pena, pero gusta verlo.

Pureza. Lo va usté a presensiá dentro de diez minutos, pero eya tenía que contárselo a usté.

La Seglarita. ¡Er día que tomó el hábito mi hermana Bernarda, yoré yo más!... ¡Pensá que iban a cortarle aqueya mata de pelo bronseao, que sin ponderá, cuando se la sortaba yegaba ar suelo!... ¡Yoré yo más!... *Impaciente.* ¿Se viene usté a la iglesia?

Jimena. Ahora, ahora iré.

La Seglarita. Va yegando muchísima gente. Yo cuidaré de su siyita. Puresa, aquí tienes a Valeriano.

Se va con su obsesión, cruzándose con Valeriano, que aparece. Trae capa.

Valeriano. Ya quiso Dios que diera contigo. Buenas tardes.

Jimena. Buenas tardes.

Pureza. Ya quiso Dios. ¿Te ha costao trabajo encontrarme, verdá?

Valeriano. Me ha costao trabajo.

Pureza. Pos ya verás cuando estés en Chile.

Valeriano. ¡No me nombres eso!

Pureza. ¡A vé! ¡No tengo más ideal... Arranca tú der pensamiento una cosa así. ¿Verdá, señorita?

Jimena. ¡Verdad, verdad, Pureza! ¡Como a mí! ¡como a mí! ¿Quién será capaz de arrancarme ahora del pensamiento esto que tengo en él? *Se abandona a su tribulación, y llora. Los muchachos la atienden solícitamente.*

Pureza. ¡Señorita!

Valeriano. ¡Doña Jimena!

Pureza. ¿Qué le susede a usté?

VALERIANO. ¿Qué le pasa?

PUREZA. Ya me estaba yo malisiando que la prosesión le iba por dentro. ¡Era mucha cara de lágrimas! Desahóguese usté con nosotros, señorita. ¿Qué tiene usté?

JIMENA. ¡Qué tengo! ¡qué tengo! ¡Si yo pudiera explicar lo que tengo! ¡Ganas de llorar mucho; ganas de irme y de quedarme!... ¡Una falta angustiosa de alguien que no está aquí, y un temor de algo pavoroso, siniestro!...

VALERIANO. Sosiéguese usté.

PUREZA. ¿Quiere usté una poquita de agua?

JIMENA. No, hija, no... Lo que siento es darles este mal rato a ustedes, que necesitan hoy todos los momentos para los dos... Déjenme ustedes sola.

PUREZA. ¡Vamos, señorita!

JIMENA. Sí, anda, vete con él; déjame sola. Llévesela usted, Valeriano.

VALERIANO. Caye usté, por Dios; ¡qué disparate! Viéndola a usté de esta manera... Mándeme usté si de mí nesesita.

PUREZA. ¡Pos claro!

VALERIANO. Mándeme usté con libertá.

JIMENA. Muchas gracias. Dígame, Valeriano: usted que de Triana aquí tiene que atravesar toda Sevilla...

PUREZA. ¿Por qué no le habla usté también de tú?

VALERIANO. Caya ahora.

JIMENA. ¿Ha encontrado o ha visto por casualidad esta mañana o esta tarde?...

VALERIANO. ¿A quién? ¿A don Federico Anderson?

JIMENA. Justamente.

VALERIANO. No, no, señora; hoy no lo he visto. Y suelo verlo argunos días. Ayer mismo lo vi en er Triunfo.

JIMENA. ¡Hoy no lo ha visto nadie! ¿Ni ha oído usted nada de él tampoco?... ¿No sabe usted nada...?

VALERIANO. ¿Qué he de sabé yo que usté no sepa? Yo no sé más sino las murmurasiones que hay a cuenta de esos artículos defendiendo a España que en la prensa se están publicando... y que argunas personas disen que son de don Federico.

JIMENA. ¡Y lo son; lo son, aunque en cruz lo niegue!

VALERIANO. Pero ¿don Federico lo niega?

JIMENA. ¡A mí me lo ha negado hasta ahora! ¡Mentira inútil! Pueril, como de un hombre que no sabrá mentir jamás. ¡Son suyos, son suyos!... ¡Yo tengo el secreto de la pasión que en ellos vibra y de la ráfaga de odio que zumba entre sus letras! Insulta al enemigo, le abofetea con la pluma, sin perder su aire de caballero... ¡Son de él, son de él! ¡Nadie escribiría de esas cosas con tanto amor y tanta saña juntos! ¡Son de él!... ¡Y ese es mi gran miedo!...

VALERIANO. Es claro; usté teme que el otro...

PUREZA. ¿El otro es don Florensio, quisás?

JIMENA. ¡El mismo! ¡Ese... ese desalmado es el otro! ¡El que me alejó de mi madre! ¡El que llenó de dolor mi vida! ¡El que pudo matar a mi hermano!... ¡Y qué sé yo, qué sé yo si a estas horas estarán esos dos hombres frente a frente!

PUREZA. ¡Virgen María!

Jimena mira a Valeriano, que huye su mirada.

JIMENA. ¡Valeriano, usted sabe algo más!

VALERIANO. No, doña Jimena...

JIMENA. ¡Sí, sí: se lo estoy leyendo en el semblante! ¡Lo que sepa, dígamelo usted!

VALERIANO. Si no sé más que eso, señorita...

JIMENA. ¡Por el amor de Pureza, Valeriano; no me engañe! ¡Dígame todo lo que sepa!

PUREZA. Díselo, hombre. Más malo es tenerla en esta angustia.

VALERIANO. Si no he dicho más que lo que he dicho, porque de sierto no debo asegurá otra cosa. He hablao de lo que se murmura... Y entre to lo que se murmura, ya no lo niego, se habla también de un desafío...

JIMENA. ¡Oh! ¿Lo ve usted?

VALERIANO. Pero ¿y si son cosas de la gente?...

JIMENA. ¡No, no! ¡Esta vez la gente no se engaña! ¡Así acertara siempre en todo! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Sálvalo! ¡Sálvalo, que con él salvas a la verdad!

VALERIANO. Er padre capeyán quisás tenga más pormenores...

JIMENA. ¿Usted cree que el padre Domingo...?

PUREZA. Sí, por Pepichi...

VALERIANO. Como es inseparable del otro...

PUREZA. ¡Y eso es lo que er buen señó tiene hoy ensima! ¿Cómo no habré yo dao en eyo hasta ahora?

JIMENA. ¿Seguirá en su casa el padre Domingo?

VALERIANO. En la asotea estaba cuando yo entré.

JIMENA. ¡Voy a verlo! *Avanza resueltamente hacia la puerta, y de súbito se detiene un instante.* ¡Dios mío! ¡Me espanta lo que pueda oír! Pero ¿por qué quiere ese hombre regar con sangre mi camino? *Vase rápidamente.*

PUREZA. ¡Pobre señorita! ¿Tú estás enterao de argo más?

VALERIANO. No; no hay más que eso, que ya es bastante. Disen que hoy se batían a muerte.

PUREZA. ¡Jesús!

VALERIANO. Pero como yo no tengo la sertesa, me he cayao. Son muchas las cosas que don Federico le ha dicho al otro. Tenía que no sé hombre pa aguantarse. Sobre to habiendo como hay una mujé entre eyos.

Lejanos acordes de órgano llegan al recinto, anunciando que ha comenzado en la iglesia la ceremonia religiosa.

PUREZA. Dios querrá evitá una desgrasia. Vámonos ayí.

VALERIANO. ¿Ayí? ¿Pa qué? ¿Pa tené que seguí hablando de lo mismo?

PUREZA. No, hombre; pa que no me eche de menos mi madre.

VALERIANO. Tu madre se creerá que estás donde esta tarde está toa la gente: en la iglesia, en la toma de hábito. Yo mismo lo creía, y entré en la iglesia antes de vení aquí.

PUREZA. ¡Qué bonita está la muchacha!

VALERIANO. Bonita tú, cuando te pongas un vestido así pa casarte conmigo. Menos santa, pero más bonita.

PUREZA. ¿Yegará ese día, Valeriano?

VALERIANO. ¿No tiene de yegá? Ayá arriba está escrita la fecha.

PUREZA. ¿En las nubes?

VALERIANO. Un poco más arriba. *Se le acerca amorosamente.*

PUREZA. ¿Pos no tengo miedo, chiquiyo? A mí este cuarto me da miedo. Como está junto al enterramiento de las monjas...

VALERIANO. ¿Miedo a mi lao, Puresa?

PUREZA. ¡A tu lao! ¡Qué poquito me va a durá!

VALERIANO. ¿Le yamás tú poquito a la vida entera? *Ella lo mira, sonriéndole tristemente.* Pero tienes rasón: una vida, por larga que sea, es corta pa quererte a ti. ¡Yo quisiera tené siete vidas como los gatos!

PUREZA. Hoy no me hases reí con tus ocurrensias. Estoy muy triste. ¿Me quieres mucho tú?

VALERIANO. ¿Que si te quiero? Formá: por ti

hago lo que hago. A no sé por ti, quisás me hubiera conformao a seguí en Seviya, ganando tan sólo er jorná que me da mi maestro. Pero un hombre que tiene la suerte de tropesá contigo y de que tú lo quieras, y de nasé con una habilidá que no es cosa corriente, si no la aprovecha pa ti, es un mendrugo. Y además un ingrato con Dios.

Cesa la música del órgano.

PUREZA. No, si he yegao yo misma a está conforme; que paese mentira, Valeriano. ¡Miste yo, que casi der compás no me muevo, consentí que tú te vayas tan lejísimo! A los primeros días me desía la Virgen: «Si se va, no te quiere.» Pero luego, poquito a poco, ha acabao por desirme to lo contrario: «Por lo que te quiere se va.»

VALERIANO. Ni más ni menos. ¿Desearé yo irme? ¿Me gustará a mí dejá de verte y de oírte tos los días? ¡Si no fuera por lo que es!... Pero si ar lao de ese cabayero de Chile está mi fortuna, ¿quién la deja escaparse? ¿Quién no va a Chile y ar Perú y a la fin der mundo? Y tú verás vorverse la veleta. Ese será mi premio. Ahora la gente que conose mis trabajiyos y que más me estima—gente con muchos miyones arguna de eya—haga yo lo que haga no sale de aquí: «¿Sabes que este chiquiyo es listo?» «Este chiquiyo tiene mérito.» «No es manco este chiquiyo.» «Este chiquiyo va a valé.» «Este chiquiyo... este chiquiyo...» ¡Caramba, pero este chiquiyo nesesita argo más que buenas palabras! Este chiquiyo tiene una madre a quien mantené; este chiquiyo tiene una novia pa casarse; este chiquiyo quié tené tres o cuatro chiquiyos...

PUREZA. ¡Vamos! ¡Que te cayes ahora!

VALERIANO. ¿Cómo me he de cayá? Y acuérdate de esto: yego a Chile, monto la fábrica, prinsipio a sortá presiosidades por los deos de la mano, asom-

bro ar mundo, lo yeno con mi fama, y entonses, a toas horas, has de escuchá a esta misma gente: «¡Si eso estaba visto!» «¡Si lo dije yo!» «¡Si ese chiquiyo vale mucho!» «¡Si ha sío una lástima que se vaya de aquí!» ¡Bueno, pero si no se va, to se quea en el aire! ¡Y del aire no viven más que los camaleones!

Pureza. Y tú no lo eres.

Valeriano. Sabes que más de cuatro veses te lo he dicho: pa apresiá una cosa, hay que perderla. Lo que tenemos junto no nos damos cuenta de lo que vale. Por lo menos aquí. ¡Somos tan modestos nosotros... que hase farta casi siempre que nos empuje er viento der renombre de fuera!

Pureza. Oye, Valeriano: ¿y cómo le vais a yamá por fin a la fábrica? ¿Lo habéis desidío?

Valeriano. Esta mañana misma. ¡Sin nombre va a nasé! ¡Jesús! Yo lo he dao. Y no hubo discusión. ¿Cómo te figuras tú que vamos a ponerle?

Pureza. ¿Cómo? Yo pa eso soy muy torpona. ¿Cómo?

Valeriano. Puresa.

Pureza. ¿Mi nombre?

Valeriano. ¡Tu nombre! ¿Dónde lo hay más bonito?

Pureza. ¡Pero eso es guasa tuya!

Valeriano. Esto es lo más serio que te he dicho esta tarde. Puresa se yamará la fábrica. Y no sardrá de sus hornos un asulejo, ni una figura, ni un capricho, ni una jarra pa flores, que no yeve un seyo que diga: «Puresa». ¿Me acordaré de ti? Que se hase la tasa de una fuente: ayí está mi novia. Que se pone una loseta en un campanario: ayí está mi novia. Que se yeva un ánfora a un museo: ayí está mi novia. ¡Yo aprovecho er viaje pa que en er mundo entero sepan de tu nombre!

PUREZA. ¡Qué lástima que no pueda yo irme contigo!

VALERIANO. Es una lástima y no lo es. Yo, ¿qué más querría? Mirarte a toas horas. Pero aquí acompañas a mi madre... y tiras de mí. Dejo aquí mis raíses; en aqueyas tierras hago sélebre er nombre de Puresa, y cuando prinsipie a enterarse la gente de quién es Puresa, ¡las Américas se despueblan pa vení a mirarte la cara! Y ahí tienes er finá: un hombre solo... que se trae la simpatía de medio mundo pa su tierra.

PUREZA. Mucho humo yevas tú en er tejao, Valerianiyo.

VALERIANO. ¡Es que hay fuego en la casa! Y que to el humo es poco pa volá. ¿Tú no has visto los globos? ¡Aparte de que yevo un contrapeso en er corasón! ¿De qué yoras?

PUREZA. De lo que me dises... y de lo que pienso. De cariño yoro, Valeriano. *Óyense, como antes el órgano, dulces cantos monjiles.* Escucha. ¿No escuchas?

VALERIANO. ¿Qué?

PUREZA. Las monjas cantando. Ya acabó la toma de hábito. ¡Y no la hemos visto!

VALERIANO. Eyas en su mundo y en er nuestro nosotros.

PUREZA. Imposible parese que estén los dos tan serca. Esos cantos son de grasias a Dios porque entra en er convento otra hermana.

VALERIANO. Yo también se las doy ahora mismo, porque me ha puesto junto a ti. Dios está también aquí con nosotros. ¿No lo crees?

PUREZA. ¿No tengo de creerlo? To lo que tú me dises lo creo ya.

Valeriano la mira embelesado, temblando de amor. Luego se le acerca y le pregunta muy quedito:

VALERIANO. ¿Me darás un beso antes de irme? *Ella baja los ojos.* Me lo ofresiste ayé.

PUREZA. Pos he variao de opinión.

VALERIANO. Yo, no; yo sigo en la misma.

PUREZA. Te lo daré a la vuerta... y así vendrás más pronto a buscarlo.

VALERIANO. ¿Y pa qué lo vamos a dejá pa la vuerta?

Se le acerca aun más, como queriendo desvanecer con amor y delicadeza los escrúpulos de la mocita. Ella, entre vencida y ruborosa, le dice sin voz casi, y apartándose de el.

PUREZA. ¡Quita, que viene gente!

VALERIANO. ¿Que viene gente? ¿Quién viene?

PUREZA. Arguien que se ha parao junto a la ventana.

VALERIANO. A vé. *Se asoma a la ventana.* Yo no veo a nadie, chiquiya.

PUREZA. Pos yo juraría que sentí los pasos. Y esto ha sío un aviso de Dios. Íbamos a hasé argo que estaba mal hecho.

VALERIANO. Ah, ¿pero lo íbamos a hasé?

PUREZA. Ya no sé lo que digo. Tengo mucha aprensión, Valeriano. Estamos en pecao mortá.

VALERIANO. No es pa tanto, muchacha...

PUREZA. Vamos a la iglesia.

VALERIANO. Vamos a la iglesia; pero antes...

PUREZA. Déjate de antes ni de después. Vamos a a iglesia... a encomendarle tu viaje a Dios.

VALERIANO. Vamos a la iglesia. *Tomándole una mano.* ¿Te acuerdas der primer día que la vimos juntos?

PUREZA. ¡Pa no acordarse es er día de hoy! Anda, ven conmigo.

Tira cariñosamente de él, mirándolo. Valeriano se deja llevar, como quien sabe que no lo arrastran a ningún precipicio.

La escena queda sola. Los tiernos cantos de las monjas se perciben ahora más claramente en medio del silencio que reina.

Poco después, embozado en extranjera capa, llega Anderson. Pasea los ojos por la habitación, inquieto, y cierra la puerta. Luego deja sombrero y capa, y cae en el sillón, abatido. Al cabo exclama:

FEDERICO. ¡No puedo más!... ¡Dios del cielo! ¿Soy yo el que era?... ¡Tendré que huir de aquí! *Cesan los cánticos religiosos. Se inclina sobre los papeles que hay en la mesa y los recoge febrilmente. De pronto se detiene ante una cuartilla.* ¡Oh! ¡Qué inesperado comentario! Las palabras de Quevedo con que iba a coronar mis artículos... *Lee, anheloso.* «¡Oh, desdichada España! Revuelto he vil veces en la memoria tus antigüedades y anales, y no he hallado por qué causa seas digna de tan porfiada persecución. Sólo cuando veo que eres madre de tales hijos, me parece que ellos, porque los criaste, y los extraños, porque ven que los consientes, tienen razón de decir mal de ti...» ¡Gran verdad escribió el gran satírico!... Pero yo... yo... ¡yo tal vez he ido más allá!... ¿Quién? *Viendo a Jimena, que en la puerta aparece.* ¡Jimena! *Corre a su encuentro.*

JIMENA. *Volando a él.* ¡Federico! *Se estrechan fuertemente las manos: se miran. Ella, con ansia de leer en sus ojos; él, con exaltación amorosa.* ¡Me engañaste!

FEDERICO. ¡Era mi deber!

JIMENA. ¡Pero mi corazón estaba contigo! ¡Veía la evidencia, aunque mil bocas me hubieran jurado lo contrario! Estás trémulo, muerto de fatiga... Reposa... Y dime, dime... ¿No vienes herido? ¡Te ha amparado Dios!

FEDERICO. ¡Si ha sido Dios o ha sido el diablo ya me lo dirá mi conciencia!

JIMENA. ¡Federico!

FEDERICO. ¡No; Federico, no! ¡Este pecador que ahora te habla no es Federico Anderson!

JIMENA. ¿Qué dices?

FEDERICO. ¡No; yo no soy Federico Anderson; yo no soy aquel hombre bueno, de alma clara, de vida apacible, ennoblecida en el estudio y en el trabajo de la inteligencia; yo soy un miserable ser humano a quien el odio enloqueció! ¡Todas las pasiones, aun aquellas más viles de que siempre se halló virgen mi pecho, han entrado en él para alimentar ese odio y exacerbarlo! Oye esto, Jimena: ¡acabo de matar a un hombre!

JIMENA. ¡Jesús! *Se cubre el rostro con las manos.*

FEDERICO. ¡Reza, pero no llores!

JIMENA. ¡No lloro, no! ¡No lloro, porque el espanto rechaza las lágrimas; pero si llorase sería por el peligro en que has puesto tu vida por mí! Lo demás, ¿qué me importa? ¡Yo le pedí a Dios que te salvase, porque tú, con nuestro amor, defendías la verdad: mi honra y mi nombre! ¡Si las calumnias de él no lo hubieran sido, él te hubiera matado a ti! Pero, por mucho que se aborrezca y que se odie... cuando se ve la muerte... ¡Perdón, Dios mío, perdón para los dos!

FEDERICO. ¡Cómo me consuelo de oírte, en medio de mi angustia, de mi pesar, de mi desvarío!... Era ese desdichado una serpiente entre nosotros. Llegó a serme imposible resistir, no ya su presencia y el solo sonido de su nombre, sino hasta su recuerdo. Ni el sueño me dejaba tranquilo, y cuando abría los ojos, nada acudía a mi frente más que él. Acechaba entre las sombras mi despertar... Era la obsesión de mi espíritu... Me acompañaba a todas partes... Desconcertaba mi trabajo, amargaba mi amor, ¡lo veía hasta en tus ojos, Jimena! ¡O él o yo!—gritó un día

con toda su fuerza mi alma. ¡O él o yo!—repercutía constantemente en mi cerebro, oscureciéndolo y trastornándolo. ¡O él o yo!—parecía repetir también en mis venas el ritmo de la sangre. Y como tenía tanto que vengar en la misma persona, impulsado por mi doble amor, cogí la pluma para rebatir fieramente sus calumnias contra tu patria, y vi al cogerla que era una espada para defender a una mujer. ¡O él o yo!

JIMENA. ¡Tú, siempre tú! ¡El bueno, el justo!

FEDERICO. ¡El enamorado! ¡Venció el enamorado! ¡La mano que se complacía en echar cieno sobre la historia de tu España, ya está crispada y rígida! ¡La boca que propaló que tú fuiste su amante, que sabía del calor de tus besos...!

JIMENA. ¡Oh!

FEDERICO. ¡Contraída está ya también por la mueca del silencio eterno! ¡Dios, que está por encima de las conciencias de los hombres, que nos juzgue a los dos; pero yo no soy Federico Anderson!

JIMENA. ¿No lo has de ser? ¿Es que si no lo fueras te habrías apasionado así? ¡Porque eras capaz de lo que has hecho, ha sido posible esta locura; locura tan generosa en su noble origen, que al nacer ya estaba perdonada! ¡Bendito seas tú, bendita tu existencia, consagrada por natural inclinación al más bello ejercicio del hombre: a buscar entre las tinieblas de la vida lo que enaltece, lo que redime, lo que alienta, lo que honra a los humanos! ¡Bendito seas tú!

FEDERICO. ¡Y tu boca mil veces bendita! ¿Qué va a ser de ella si él me mata a mí?—era mi único miedo cuando nos pusimos cara a cara.

JIMENA. ¿Y qué haré yo, amigo de mi alma, para merecer tanto cariño, tanto heroísmo, tanta fe? ¡Yo te juro aquí, en este instante de nuestras vidas, turbulento y penoso; yo te juro aquí ante esa cruz, que

de mis labios no ha salido más que la verdad; que puedes creer en mí como en tu madre; que mi vida ya no es más que tuya, solo tuya, y que yo me moriría si tú no la quisieras!

FEDERICO. *Dando un grito súbito, y retrocediendo espantado.* ¡Eh!

JIMENA. ¿Qué?

FEDERICO. *Presa de una alucinación, señalando al muro en que está la cruz.* ¡Mira, míralo!

JIMENA. ¿A quién?

FEDERICO. ¡A él! ¡Míralo!

JIMENA. ¡Federico! ¡Por Dios!

FEDERICO. ¡Míralo!

JIMENA. ¡Nada veo!

FEDERICO. ¡Es él! ¡es él! ¡Ha surgido al oírte jurar!... ¿No lo ves, Jimena?

JIMENA. ¡No, pobre atormentado! ¿Qué he de ver yo lo que sólo ve tu delirio? Vente, vente... Vámonos de aquí...

FEDERICO. ¡No! ¡Aguarda!... Pero ¿no lo ves?

JIMENA. ¡Vámonos, Federico!... ¡Estás enfermo... desvarías!...

FEDERICO. ¡Aguarda!... *Encarándose con la sombra, que él, sin duda; ve ante sus ojos.* ¿Qué me miras, negro fantasma, sombra fatídica, visible sólo para mí? ¿Es que vas a seguir turbando mi vida? ¿Qué me quieres? ¡Habla! ¡Ya ves que no te temo! ¿Vienes por mi perdón? ¡Si soy yo quien necesita del tuyo! ¡Tú, que resides ya en las puras regiones del alma, puedes sin duda perdonarme; yo, que aun estoy atado a los rencores de la tierra, no tengo perdón para ti! ¡Tanto daño hiciste!

JIMENA. ¡Federico, por Dios! ¡Por mi amor! ¡Vámonos! ¡Tranquilízate!

FEDERICO. ¡Tranquilo estoy! ¿No ves cómo no tiemblo? *A la sombra.* ¡En lo que dijiste contra tu pa-

tria has mentido! ¡En lo que dijiste contra esta mujer has mentido también! ¡Pero una patria tiene siglos para defenderse y triunfar, y una mujer no tiene más que una vida! ¡Y la de esta mujer es mía! ¿Lo ves? ¡Es mía! *Abraza delirante a Jimena, que está ya contagiada de la excitación de su amigo.*

JIMENA. ¡Sí! ¡Tuya!

FEDERICO. ¿Lo ves? ¡Mía! *Con estupor.* ¡Ah!...

JIMENA. ¿Qué?

FEDERICO. ¡Huyó la sombra al abrazarte!

JIMENA. ¡Fué de luz nuestro abrazo!

FIN DEL DRAMA

Sevilla, 1918.
Madrid, enero, 1919.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita,

nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fé, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín. Barcelona.*

La madrecita, *novela corta.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori *(Las flores)*.—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze *(La Zagala)*, por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra *(El genio alegre)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura *(La mala sombra)*.—Anima malata *(Herida de muerte)*.—Chi mi ricorda lei? *(¿A quién me recuerda usted?)*—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

AL FRANCES:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. Borzia.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. Smidt-Reineke.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por Joao Soler.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por Alice Pestana (Caïel).

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por Mrs. Lucretia Xavier Floyd.

Malvaloca, por Jacob S. Fassett, Jr.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por John Garrett Underhill.

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN LA IMPRENTA CLÁSICA ESPAÑOLA
DE MADRID
EL DÍA 20 DE FEBRERO
DE 1919

